

ESCRITOS DE M. DE CICÉ

PAPELES ÍNTIMOS

I- ESCRITOS ANTERIORES A LA FUNDACIÓN DE LA SOCIEDAD

Palabras del señor Boursoul- anotadas por M. de Cicé

1774

El lunes de Pascua, 4 de abril de 1774, perdí a aquel que me había encaminado hacia vos, Oh Dios mío, y que no cesaba de animarme a amaros y serviros. El expiró diciendo: “Si, hermanos míos, veremos a Dios en el cielo cara a cara y sin velos, por su gracia, por su gracia”... Oh muerte digna de ser envidiada por todos los ministros del Señor y aún por todos los cristianos que deben desear morir ejecutando algún acto de nuestra santa religión. Qué pesar, oh Dios mío, experimenté yo en ese momento por no haber sabido aprovechar oráculos de vida que salieron de su boca. Quiero tanto, como me sea posible, recordar todos los fundamentos. Es en vuestra presencia, oh Dios mío, y bajo vuestra protección y la de vuestra tierna Madre que también lo es mía, que yo emprendo este resumen de la conducta que tuvo conmigo el Santo al cual habíais confiado mi alma. Conducid mi pluma, oh Dios mío, y recordadme Vos mismo todo cuanto le inspirasteis de anunciarme de parte vuestra.

El siempre me dijo que este Dios de bondad y de misericordia quería conducirme hacia El por amor y que este camino encantador me facilitaría el camino del cielo, quitaría todos los obstáculos y me conduciría a todo aquello que Dios pide de mí. Me recomendó velar sin cesar sobre mí misma con suave atención para no pensar ni decir ni hacer nada que desagradara a mi Dios. Me aseguró que si yo era fiel a esta práctica, comenzaría mi paraíso desde este mundo puesto que yo estaría, al igual que los Santos en el cielo, ocupada solamente en hacer la voluntad de Dios. Muy a menudo me exhortó a no resistir más a Dios y no disputarle lo que El me pedía desde hacía tanto tiempo. Ay, cuántas veces Señor, renové la resolución de seros fiel y de no ofenderos nunca voluntariamente, oh mi Divino Esposo nombre lleno de encantos. Necesario es, oh mi Dios, que vos seáis la misericordia misma y el amor mismo para querer todavía ponerme en la boca ese Nombre tan dulce, después de haberme tantas veces hecho indigna de él. Vos hacéis todavía más, Señor, poniéndomelo en el corazón y haciéndome experimentar toda su dulzura. No os canséis pues jamás, oh Dios mío de tomar con vuestros favores y las más preciosas gracias al monstruo que os ha traicionado tantas veces. No me dijo él de vuestra parte, cuando volví a Vos, que los crímenes más atroces y los menos imperdonables de los más grandes facinerosos no habían sido tan injuriosos al Corazón de mi Dios como los míos. Y esto en consideración del amor y del ardiente amor que El tiene para mí. Cuántas veces me dijo que El me amaba lo mismo, después que tuve la infinita desgracia de abandonarlo, como El me amaba antes. Cómo, Señor, toda mi ingratitud, todos mis crímenes no han podido alejaros de mí. Vuestros designios no han cambiado, esto es lo que me ha asegurado de Vuestra parte y no me lo habéis hecho experimentar Vos mismo en el fondo de mi corazón.

Es necesario, oh Dios mío, que Vos imprimáis Vos mismo estas verdades en un alma para que ella esté persuadida de ello. El Santo que me ha hablado de parte vuestra me dijo quince días antes de su muerte que mi Dios me quería toda de El. Estas son sus palabras: “Ah, que El os quiere totalmente de El, y que El os prepara en el cielo un lugar distinguido”.

Vuestro servidor quien goza ahora de la felicidad infinita de poseeros me añadió que Dios mismo se encargaría de mi santificación, que su espíritu y su divino corazón debían conducirme

enteramente. Me aseguró de vuestra parte, oh Dios mío, que Vos me haréis conocer oportunamente aquello que pedís de mí si yo soy fiel en escuchar Vuestra voz en el fondo de mi corazón. No desmintáis Señor, lo que habéis dicho por boca de aquel que ocupaba para mí vuestro lugar, oh Dios mío, cuya misericordia y amor sobrepasan todo cuanto los hombres puedan pensar de Vos. Si yo fuera bastante ingrata, bastante pérfida, bastante cobarde para abandonaros, qué suplicios me destinaríais Vos, los del infierno serían impotentes, serían demasiado débiles para castigarme.

Yo desatino, Dios mío, lejos de Vos no sería yo bastante miserable, hay una mayor desgracia, hay alguna otra mayor que ser privada de vuestra divina presencia. Concededme la gracia Dios mío, de no perderos de vista un solo instante en este mundo, hasta el momento en que vaya a habitar en vuestra casa. Venid a la mía, estableced vuestra morada en mi alma. Cuántas veces se me ha dicho, Dios mío, que vuestros amables designios sobre mi corazón eran el habitar en El todos los días de mi vida. Yo os hospedaré en el tiempo Señor, y vos me hospedaréis en la eternidad. Ved la proporción que hay entre vuestros dones y los de los hombres. ¿Pero qué digo? Oh Dios mío, qué podéis darme en el cielo que sobrepase al don inestimable que me hacéis aquí en la tierra de Vos mismo. ¿Cuánto, Señor, no se me ha recomendado de vuestra parte de no entregarme a la inquietud y a la turbación que me separaría de Vos? Se me ha asegurado que me era mucho más fácil que a cualquier otra persona el no ofenderos jamás. Se me ha enseñado a volverme a mi Dios, entrando en mi corazón en el momento en que me percibo que yo me extravió. Me ha añadido que El estaba siempre listo, a toda hora, en todo momento, a recibirme. Además me ha asegurado que ese retorno encantaría a su Divino Corazón y me ligaría a El más que alejarme de El. Se me ha dicho muchas veces que el sentimiento no dependía de mí y que bastaba volver mi voluntad hacia El y conformarme con la suya a pesar de todos los sentimientos contrarios. Me ha recomendado no alejarme de la comunión por las fragilidades involuntarias. Se me ha asegurado que el amor de Jesús quiere desde ahora ser para mí antes de cualquier cosa. Además se me ha asegurado que N.S.J.C. quería venir a mi corazón para resarcirse de los insultos que se le hacen todos los días, y se me ha dicho además que El me prefería a los millones de criaturas que, aunque no lo hubiesen ofendido tanto como yo, no eran amadas tan particularmente como yo, y que respecto a ellas no hacía ningún agravio tratándolas según los rigores de su justicia; pero que a mi respecto El me hacía experimentar que El no escucha sino a su misericordia.

Me ha dicho de vuestra parte, Dios mío que yo estaba destinada a ser una madre de los pobres, una esposa de Jesucristo y un serafín en este mundo y en el otro. Qué feliz destino, haced Dios mío que yo lo cumpla bien. Me ha dicho además que yo debía ser en todas partes un ángel de paz, que debía amar a las personas que me hubieran causado alguna pena con la ternura más viva, no viendo en ellas sino la amable persona de Jesucristo, que esta mirada haría que mi conducta hacia ellas fuera no solamente fácil, sino que me parecería dulce.

Grabad en mi corazón, oh divino Jesús, estos preceptos que Vos habéis dictado a aquél que me anunciaba vuestras voluntades sobre mí. No permitáis que me extravié. Vos me habéis quitado mi guía: dadme uno que sea según vuestro Corazón y por consecuencia, digno de reemplazarlo. Guiadme Vos mismo, oh Dios mío, a los pies del ministro que debe conducirme directamente, perfectamente a Vos. Me abandono a Vos, pongo mi alma entre vuestras manos, haced de mí lo que os plazca. Que yo diga, Dios mío, como aquel que Vos habéis retirado de este mundo para colocarlo cerca de Vos: “Que yo esté en la aflicción o en el gozo, El es el Señor. Dominus est, que su amable voluntad se cumpla en mí”.

Quiero recordar además las últimas palabras del guía que Vos me habías dado. El me dijo el lunes santo: “Ah cuán adelantada estaríais si hubieras querido, el demonio la ha desviado. Pero en fin, gracias a la misericordia de Dios, ya estáis en el camino, marchad constantemente por él hasta la muerte”.

Retiro de octubre de 1776

El primero de octubre de 1776, en el Retiro, haciendo unos retiros particulares de tres días, habiéndome colmado Dios de gracias y habiéndome inspirado después de la Sagrada Comunión que hice esta mañana un más ardiente deseo de servirlo y de amarlo, y un pesar más agudo que nunca, de haberlo ofendido, hice la resolución de no faltar jamás en levantar mi corazón hacia El al despertarme, en la media hora de oración de la mañana, lo mismo en la tarde, una lectura, la atención al santo ejercicio de la presencia de Dios, meditar en la Pasión de N.S. durante la Misa, continuar con la Comunión diaria en tanto que no me la prohiban.

He prometido a Dios obedecer a mi Madre como una religiosa a su Superiora, someterme a ella en todas las cosas, a menos que la prudencia cristiana me dicte lo contrario. Con la gracia todopoderosa de Dios, en la cual solamente quiero desde ahora poner toda mi confianza, quiero ser de una dulzura inalterable; espero que El me hará la gracia de no tener mal genio un solo momento interior ni exteriormente contra las personas que me hubieren causado pena, quiero colmarles de amistad y de beneficios y jamás consultar a este aspecto las razones que me fueren dictadas por la prudencia humana de obrar de otro modo diferente.

Quiero también con la gracia de mi Dios, aniquilar todo pensamiento que pueda no solamente separarme de El sino aún alejarme de El. Haré sobre todo atención en despreciar al qué dirán quisiera ponerme por encima del respeto humano, Dios mío, no dejéis entrar en mi corazón sino el temor de desagradaros y el deseo de amaros. Quiero al vestirme, para destruir mi vanidad, pensar algunos momentos en lo que se convertirá mi cuerpo después de mi muerte. Renuevo de todo corazón, y desearía que fuera con el ardor de un serafín, la consagración que hecho a mi Divino Esposo de toda mi persona. Estoy pronta a cumplir sus voluntades cuando El me las manifieste. Le agradezco mil veces el haberme elegido por su esposa a pesar de mi ingratitud. No encuentro términos, oh Dios mío, para expresar el horror que me tengo por mis abominables infidelidades, el exceso de agradecimiento que me inspiran los favores de que me colmáis y la gracia preciosa de mi vocación que Vos habéis dignado concederme hoy.

Tiemblo al escribir estas últimas líneas. No es que yo me resista a vuestra voluntad, es el temor de no conocerla tal como ella es, porque yo no quiero sino lo que Vos queráis, mi Divino Jesús. Dadme tanta desconfianza en mí misma como confianza en Vos y haced, os lo suplico, todo cuanto os plazca de mí, con tal que Adelaida sea toda de Jesús su Esposo.

(Firmado con su sangre)

Proyecto de una Sociedad piadosa.

Se trataría que algunas personas se reunieran juntas y que, a pesar de la calidad de pensionistas que ellas conservarían frente de la Comunidad donde se fijarían, ellas vivirían en común sea en una casa de retiro o en un hospital... Ellas harían por un año solamente el voto simple de castidad, pobreza y obediencia. No podrían ser recibidas en la Asociación sin tener por lo menos 800 francos de renta, porque las pensiones que ellas pagarán a la casa donde se habrán establecido llegará a 400 francos con miras a sostener con eso una casa útil a la gloria de Dios y al bien del prójimo. Seguirán el reglamento de la casa donde estarán para los ejercicios espirituales, como aquel por ejemplo que se sigue en la casa de retiros de Rennes. Se levantarán a las 5 en verano, y una hora mas tarde en invierno, irán al coro, harán una media hora de oración, salmodiarán en común las cuatro pequeñas horas del oficio de la Sma. Virgen. Seguidamente asistirán a la oración y a la misa, harán una media hora de lectura en el curso de la mañana y una media hora de silencio para reflexionar en ella. Después las hermanas nombradas por la superiora (que las hermanas elegirán entre ellas y que lo será durante el tiempo que se crea conveniente fijar) podrían dedicarse a la visita de los enfermos, sea fuera o dentro de casa (sería de desear establecerse de manera que pudieran tener pobres y enfermos a su alcance) o a otras buenas obras. Las demás se emplearían al trabajo en común, tanto como se pudiera, sea para la iglesia o para los pobres, en silencio, entremezclado con cánticos y aspiraciones. A la hora del examen, antes de la comida, irán un momento al coro; comerán después todas juntas mientras que una de ellas hará la lectura. Después se tendrá el recreo. A la una, si se quiere, se podrá recitar el rosario delante del Smo. Sacramento o en la sala común. Después de lo cual se podrá pasar el tiempo hasta las vísperas, en sus cuartos o celdas en el recogimiento, ocupándose siempre en alguna obra manual o lectura piadosa. La salida de la tarde para visitar enfermos o cualquier otra buena obra podrá hacerse antes o después de las vísperas, según parezca necesario a la superiora. No saldrán las mismas dos veces al día, con el fin de tener tiempo para el recogimiento. Los domingos y fiestas, podrán asistir dos a la misa mayor, y otras dos a los oficios de después de la comida. Sería de desear que fuesen bastante numerosas para poder pasar cada una, una semana, o a lo menos varios días sin salir, para mantener el espíritu de recogimiento; a menos que el pequeño número y las necesidades del prójimo hagan pensar de otro modo.

Después de las vísperas que se dicen a las 3h. podrán hacer una media hora de oración delante del Smo. Sacramento y rendir un homenaje a la Sma. Virgen, sea diciendo un segundo rosario o la Coronilla, y de ahí, ocuparse juntas en la sala común donde se podrá hacer una lectura, como la vida de los Santos, hasta las 5h. que se dirán las completas. Después de la media hora de oración un momento en los cuartos hasta la comida que es a las 6h. La recreación termina a las 8h. Se comienza Maitines y Laudes, la oración enseguida, acostarse a las 9^{1/2} por tarde, en tanto que se pueda. Se seguirá el espíritu de San Francisco de Sales y las prudentes Constituciones de la Visitación tanto cuanto puedan conciliarse con las obras de caridad que se proponen ejercitar, siguiendo el primer plan de San Francisco de Sales para su Instituto, que quiso unir primero la vida activa a la vida interior que llevan sus hijas.

El voto simple de Pobreza no impedirá que cada una goce de su patrimonio, pero el de Obediencia no permitirá que estos bienes se usen sin el permiso de la Superiora, la cual recibirá la renta total de cada una a medida que la vayan cobrando, a fin de pagar con ello la pensión de

todas, y que el resto sirva luego, según sus órdenes, a las diferentes necesidades de los pobres, porque ella se cuidará de proveer de todo lo que sea necesario a cada uno de los miembros de esta Asociación. Por este medio, sus bienes estarán en común, como los de los primeros fieles, para servir a las diversas necesidades de sus hermanos indigentes.

Su modo de vestir será sencillo y uniforme. Las hermanas no tendrán que preocuparse por su temporal. Serán cuidadas las unas por las otras cuando estén enfermas y no tendrán ninguna inquietud por lo que respecta a sí mismas, de modo que estarán enteramente entregadas a la oración y a las buenas obras que se presenten, ofreciéndose a Dios por medio de la obediencia para cumplir con todas las obligaciones que la Providencia les encargará. Es por esto que ellas podrían llamarse las Hijas de la Presentación de la Santísima Virgen, porque se ofrecerán por Ella a Nuestro Señor para cumplir todas sus voluntades sin proponerse nada en particular sino el bien espiritual y temporal del prójimo.

El estado será libre, uno no se comprometerá sino por un año. Si esta forma de vida agrada, se renovará cada año su compromiso entre las manos de la Superiora, el día de la Presentación de la Sma. Virgen.

Harán cada día visitas a N.S.J.C en su Sacramento de amor y para ello aprovecharán con fidelidad, todas las idas y venidas en la casa y aún fuera de ella, haciendo la visita de los enfermos. Se emplearán en los retiros u otras buenas obras que se hagan en la casa donde ellas estén retiradas, tanto para hacer los Ejercicios como para la instrucción de los pobres, entendiendo que ellas no se mezclarán en ninguna cosa que sea de la casa donde ellas estuvieren sino cuando se lo quieran permitir.

Renunciarán a todas las visitas inútiles, aún a las de sus parientes, si no es en caso de aflicción o de enfermedad, y esto por un principio de caridad, y con permiso de la Superiora a quien se dará cuenta de todo. Se evitará también el recibir visitas, si no fuera por este mismo motivo, y jamás en los dormitorios, sino en un (cuarto) recibidor destinado para hablar con las personas de fuera. Las Hermanas evitarán conversar entre ellas de cosas inútiles en los tiempos de recreación. Los ejercicios de caridad a los cuales se excitarán y de los cuales conversarán, podrán ser la materia de sus recreaciones.

Hoja desprendida perteneciendo manifiestamente al “Proyecto de Sociedad piadosa”.

No se estará obligado a remplazar los ejercicios de piedad que estuvieren señalados cuando el tiempo en que ellos se hacen, hubiera estado empleado en las obras de caridad; tanto como se pueda no se faltará sino en caso de enfermedad a los ejercicios de piedad que se harán cuando uno esté en la casa en el curso del día. En cuanto a aquellos de la mañana y de la tarde, ninguna podrá dispensarse, porque a menos de casos muy extraordinarios no se ocupa ese tiempo en el cuidado de los pobres.

Se podrá para lo común, pagar a alguno que hará los negocios de cada una, con el fin de que las cosas de este mundo les causen menos distracciones.

Borrador de la carta al R.P. de la Croix en Rennes

En el retiro, este 11 de febrero de 1778

Permítame Padre, antes de escribir al señor de Clorivière, hablar con usted algunos momentos de la cosa de que se trata. Yo temo, aunque en el fondo no he tenido la intención de engañarlo, engañándome yo misma acerca de mis disposiciones. Me parece que allí hay entusiasmo en lo que yo pienso con respecto a eso y el gusto por lo extraordinario que viene un poco de mi carácter. Me parece también que yo estaba tan ocupada de lo que yo quería decirle a este respecto que yo apenas si le dejaba tiempo de hablarme. Le pido mil perdones y le ruego me permita recordarle las cosas acerca de las cuales creo haberme explicado mal en principio.

Yo escribí al Sr. de Clorivière un poco antes de Cuaresma con la intención de saber de él dónde aprobaba él que yo habitara en Dinan durante la cura de aguas, esperando que yo fuera a la Cruz para el ensayo que usted me permitía. Me viene el pensamiento de hacerle ver a Ud. lo que le señalaba, con el fin de que usted juzgue mejor los sentimientos que me embargaban y la respuesta que Ud. vio. Adjunto a esta, dos cartas de la Superiora de la Cruz que Usted no ha visto y a la cual no le respondí como le dije a Ud. sino cosas generales acerca de mi proyecto. Cuando Ud. haya visto todo esto, tened la bondad de escribirme una palabra en que me marque precisamente lo que debo enviar de parte vuestra a este respecto al Sr. de Clorivière, aunque yo creo recordar muy bien lo que Ud. me dijo de su intención a este respecto. Yo estaría más tranquila si tuviera la bondad de señalármelo a fin de que yo me conforme completamente a eso al escribir. Pido a Dios de todo corazón que El me quite un tal deseo si es contrario a su voluntad y le ruego al mismo tiempo que os haga conocer y al Sr. de Clorivière, si esto está conforme a los designios que El tiene sobre mí. Yo siento muy bien que no hay sino estoy segura y tengo mil razones, más que ninguna otra, para desconfiar de todo cuanto provenga de mí.

Usted conoce, Padre mío, mi confianza en usted, el agradecimiento de que estoy penetrada por todas sus bondades para conmigo y mi respeto.

Tengo el honor de ser en estos sentimientos su muy humilde y obediente servidora...

... Le confieso Padre, que tengo inquietud de haber insistido frente a usted esta mañana. Si lo he hecho, es contra mi intención, y le pido por gracia decirme francamente si debo abandonar en absoluto mi proyecto. Espero de la gracia de Dios que yo renunciaré inmediatamente cuando Ud. haya examinado la cosa delante de Dios, si Ud. llega a pensar que el ensayo no está en el orden de Dios sobre mí, yo no lo haré; y espero que Ud. pedirá al buen Dios para mí la gracia de no pensar más en ello, y que Ud. la obtendrá; ella me será muy necesaria, sin lo cual yo estaría siempre turbada con esta idea. Pero la confianza que tengo en Ud. y que Dios me ha dado hacia Ud. desde que El me concedió la gracia de dirigirme a Ud. me hace esperar que yo renunciaré a las ideas a las cuales Ud. crea deber hacerme renunciar. Porque yo espero de la misericordia del Buen Dios que El os hará conocer lo que El pide de mí. Yo no soy dueña de la inquietud en que estoy de engañaros al engañarme yo misma, porque puedo responderme por la gracia de Dios que yo no deseo nada tanto como que Ud. vea claramente mis disposiciones en eso como en lo demás, y los motivos que, me conducen y acerca de los cuales yo temo sin embargo hacerme ilusiones, porque yo tengo que desconfiar infinitamente de mi amor propio que encuentro por todas partes.

Estoy sobre todo inquieta de lo que le dije sobre las señales de que habla el Sr. de Clorivière para reconocer si mis deseos vienen de Dios. Yo le he dicho a Ud. que me parecía tener algunas. Pero yo siento al reflexionar cómo mi amor propio puede fácilmente engañarme a este respecto. Solamente Ud. puede juzgar y no yo, y yo me atengo absolutamente a lo que Ud. decida de seguir o de abandonar.

Me recomiendo a sus oraciones, Ud. sabe cuánta necesidad tengo de ellas y yo tengo y cuento mucho con ese socorro.

Borradores de cartas al P. de Clorivière

1er. borrador de carta al P. de Clorivière

He recibido, Padre, con mucho agradecimiento, la carta que tuvo la bondad de escribirme. Pido a Dios de todo corazón me conceda la gracia de aprovecharme de todo cuanto Ud. me dice. Yo había dicho a mi confesor, antes de recibir su carta, que Ud. me había dicho de pedirle permiso de comulgar todos los días, pero yo tenía sin embargo alguna inquietud porque aunque usted hubiera insistido sobre ese punto allá primeramente, pensaba que al conocerme más Ud. hubiera cambiado de parecer y no contar con que yo solicitase esa gracia con que yo contaba al final de mi retiro, y no pedirle nuevamente si era siempre este su sentimiento. El se decidió antes de esperar su respuesta para que mis comuniones no se interrumpieran si el buen Dios permitía que se me concediese la comunión cotidiana, como sucedió por la gracia de N.S. Espero Padre, puesto que debo a Ud. esta felicidad que jamás me habría atrevido sin su permiso, que Ud. se interesaría vivamente con N.S. para obtenerme la gracia de jamás recibirlo sin fruto, y para que mi vida desde ahora responda a una tan gran gracia. En cuanto al partido que Ud. se sintió llevado a aconsejarme después de haber consultado al Señor, he experimentado una gran alegría, con la esperanza que Ud. me da de ver cumplidos los designios del Señor sobre mí. Encuentro muy a menudo un estanque de dificultades en la ejecución de ese proyecto, pero si él viene de Dios, siento que no debo temer que ningún obstáculo resista a su voluntad. Es a mí misma a quien temo más que a todo lo demás. He hablado a mi confesor de aquello que Ud. me señalaba en mi proyecto. Desde luego me dijo que yo iría allí para devolverme, que esto era una ligereza, que después de haber intentado diferentes cosas como el Colombier, los Incurables, esto estaría marcado con el sello de la inconstancia, que él sería más bien de opinión que yo no hubiera abandonado el proyecto que yo tenía de asociarme con algunas personas para vivir en sociedad en calidad de pensionistas en la casa de retiros de Rennes, y ocuparnos juntas de obras de caridad. Le dije que yo no haría nada sin su opinión, (consejo), que el vuestro era que yo me atuviera a él acerca de lo que usted me proponía, que además Ud. me recomendaba no insistir si su opinión no estaba de acuerdo con la vuestra. Yo le pedí el permiso de mostrarle su carta. Algunos días después me dijo que él no me prohibía pensar en ese proyecto, al cual sin embargo le encuentra grandes dificultades tanto de parte de la casa donde debe ejecutarse como de mi parte. El piensa en primer lugar que en una comunidad todas las novedades no son vistas con buenos ojos y que un gran número de religiosas podrían no aprobar esto. A esto le respondí que no se trataba de vivir en común, absolutamente como ellas, pero siempre en la dependencia, no mezclándose en nada de la casa sino en tanto cuanto quisieran, en calidad de ayudantes, en los tiempos que no

estuvieran ocupadas en las buenas obras que aún en ellas yo no querría ocuparme sino por obediencia.

De mi parte, y esto lo que le sorprende más, él piensa que es imposible que yo no encuentre muchas trabas en el bien que yo querría hacer. Él piensa que no entrarían en mi punto de vista y que yo no estaría contenta. Yo creo también que él encuentra las dificultades que provienen de mi carácter; ellas me causan inquietud a mí misma. Es sobre todo mi desigualdad de genio que yo temo para vivir en comunidad, mi extrema sensibilidad y mi susceptibilidad. Cuando yo me encuentro en esas enfadosas disposiciones, evito tanto como puedo la sociedad, porque es evitar ocasiones de tener mal genio, y me siento inclinada entonces a permanecer mucho tiempo en soledad. Todo esto viene de que yo no sé vencerme, pero ¿puedo esperar reformarme con la edad que tengo, de modo que esos defectos no sean una gran dificultad? Yo sé que todo es posible al hombre por la gracia de Jesucristo, y es de este divino Salvador que yo espero todo. Lo que me inquieta además es que el P. de la Croix me dijo que el género de vida al cual nos destinaba Dios se encontraba ordinariamente adecuado a nuestro carácter y a nuestras inclinaciones. La única cosa que le haría ver una apariencia de posibilidad en este proyecto es vuestra opinión. Por lo demás, me dijo que yo no tenía sino que escribirle a Ud. a este respecto, que Ud. podría haber sacado nuevas reflexiones con respecto a esto.

No le he escrito más pronto porque pensaba que mi carta no le encontraría de vuelta al viaje que Ud. proyectaba para los primeros días de Octubre al Seminario de San Maló y yo deseaba también poder enviaros bien precisos los pensamientos del P. de la Croix.. El me recomendó mucho de mantenerme en la disposición de hacer la voluntad de Dios cuando me sea conocida y de decir con frecuencia a N.S. “Hablad, vuestro siervo escucha”, o con otro profeta: “Heme aquí Señor, qué deseáis de mí, heme listo a ir donde os plazca.” Esto es lo que yo repito a menudo interiormente. El Padre de la Croix me dijo también que yo dejaría un bien seguro aquí por otro incierto. Me dijo también que Dios quería algunas veces de nosotros el consentimiento de cosas de las cuales El no quería la ejecución, y me citó ejemplos de los Santos del Antiguo Testamento y del Nuevo testamento. Pero me exhortó a mantenerme siempre en la disposición de obedecer a las voluntades del Señor cualesquiera que ellas sean. Temo que los defectos que conozco en mí y de los cuales os he hablado, y de aquellos que yo no conozco pero que usted ve, no sean un obstáculo, como el de desigualdad de mi carácter y mi apresuramiento y mi actividad en ocuparme de todo aquello que me agrada primeramente, y mi facilidad en disgustarme de las cosas que yo había deseado mucho. La experiencia que hice cuando estuve en el Colombier me hace temer. Sé muy bien que este proyecto es muy diferente porque en el fondo se conserva la libertad, aunque el sacrificio se haga cada año. Nada de clausura y el ejercicio de obras de misericordia de toda especie, se conserva. Debo decirle también, Padre mío, que he tenido algunas veces el pensamiento, pero sobre todo en la cruz, al final del retiro, que Dios no me quería en ese lugar puesto que yo sentía un tal apresuramiento de dejarlo que me parecía que la tierra me quemaba los pies. Es verdad que, desde el momento que hice la diligencia que usted me aconsejó durante el curso del retiro, de hablar a la Superiora, estuve más calmada. Es verdad que mi partida estaba entonces ya decidida, pero me pareció que yo habría permanecido gustosa algunos días más después de esto. No he podido nunca definir bien esta extrema impaciencia que sentí de irme aquel mismo día en que el Santísimo Sacramento estaba expuesto todo el día. Las razones que me vienen a la mente son también el pesar que yo sentí de no experimentar el consuelo que yo esperaba después de haber hecho el sacrificio que N.S. me exigía. La inquietud que yo tenía de no sentir contrición y de parecerle a usted tan insensible como yo lo estaba, el tormento que experimentaba acerca de todas mis disposiciones y la incertidumbre de mi suerte, la perplejidad de no saber a qué resolverme, creyendo faltar a la gracia de Dios y no sintiendo la

fuerza de hacer aquello que yo creía que ella me inspiraba. Yo creí también que usted se iría el día final del retiro y yo no estaba bastante tranquila para poder esperar a comulgar sin la absolución.

Ahora todo mi deseo es que se me señale toda la voluntad de Dios y espero que todo mi cuidado sea el seguirla. Usted me dio la decisión del P. de la Croix como la señal en la cual debo reconocerla. Yo os he obedecido, no he insistido, sin embargo le pedí explicarme todo aquello que él me invitó a hacer. El recomienda el asunto a Dios y no me prohíbe de ocuparme de ello, pero él no se pronuncia y yo creo que no lo hará sino sobre aquello que usted me mande acerca de lo cual el P. de la Croix me ha dicho que él pensaba que yo no debía abandonar mi proyecto de asociarme con algunas personas de esta casa de aquí. Yo le objeté que la idea que yo tenía había sido fundada sobre la situación de la casa desprovista de personas que ponía en el caso de admitir pensionistas, cuya elección se hacía interesante en una casa de retiros; que parecía que las miras de la Providencia no son que uno reciba porque no se presentan desde hace tres años, que se decidió recibir. En la casa que se hubieren recibido, es cierto que pensionistas como aquellas que yo deseaba hubiesen sido propias para ayudar a las señoritas de los Retiros y a suplir en aquello que ellas no habrían podido hacer a causa de su restringido número. Les han llegado 4 personas para remplazar a las 4 personas que se han ido. Una persona extranjera que yo no conozco pero para la cual se dirigieron a mí, que pensaba en esta casa, y parecía tener las mismas intenciones que yo, falló. De este modo no parece en cuanto al presente que las miras de la Providencia sean de traer pensionistas aquí. Cuando yo vine parecía que deseaban mucho que mi ejemplo fuera seguido. Cuando vieron venir personas para religiosas pareció que inmediatamente renunciaron a la idea de pensionistas.

En cuanto a mí, la idea de mi proyecto me hacía lamentar que no vinieran, es decir de aquellas que yo deseaba. Porque yo no deseaba indiferentemente toda clase de pensionistas; por el contrario esto era lo que yo temía.

Por otra parte le hice observar al P. de la Croix que lo que yo deseaba practicar con respecto a la obediencia y a la pobreza en cuanto a lo personal (porque yo no quiero renunciar a nada efectivamente para socorrer a los pobres) pero yo querría sin embargo estar tan desligada de todo para mí como si yo hubiese renunciado a todas las cosas solemnemente no era practicable en esta casa que no es sino una asociación y donde no hay voto de obediencia, no sería realmente posible esto, como usted lo conoció en seguida, que las pensionistas practicasen entre ellas aquello que las religiosas mismas no practican: sea que ellas tomasen el partido de someterse enteramente a la Superiora de la casa, sea que ellas tuviesen una superiora de entre ellas, lo cual supondría dos sociedades en una, y dos jefes sobre todo, lo cual no puede conciliarse, como usted lo pensó, y lo que me hizo desesperar completamente de mi proyecto que yo presenté a Ud. en San Carlos bajo este punto de vista al cual Ud. no vio ninguna apariencia de éxito.

Antes de ir a la Croix yo había pensado encontrar una casa de la cual se pudiera depender y yo pedía a menudo al buen Dios que me hiciera conocer una persona que fuera propia para estar a la cabeza de esta buena obra, si ella debiera tener éxito para su gloria. Yo le confieso padre, que casi inmediatamente que yo lo conocí a usted esperé que el Señor me concedía esa gracia, y entre más me gusta, más deseo ponerme absolutamente entre sus manos para hacer lo que más agrade a N.S. Si él os inspirara permitirme hacer el voto de obedecerle a Ud., me parece que todas mis dificultades se desvanecerían, yo pondría toda mi fuerza en la obediencia que yo rendiría a mi Señor Jesucristo en la persona de Ud. Aquello que Ud. me respondió en la Cruz, me impidió hablarle de nuevo de ello en mi última carta, y yo temí de haberme ilusionado a mí misma; pero

yo pienso cada vez más y más en ello y espero que, lejos de ser esto contrario a la voluntad de Dios, esto sería quizás para mí el único medio de seguirla completa y constantemente, porque tengo motivos de temer a mi inconstancia.

Pero sobre este punto como sobre los demás yo me someto a todo cuanto usted juzgue que sea lo mejor a la gloria de Dios. Volví a hablar también al P. de la Croix de una cosa que me hace pensar que el buen Dios no quiere que el proyecto se ejecute aquí. El deseo de cumplir a este respecto lo que yo pensaba que podía entrar en los designios de Dios sobre mí me comprometió a pedirle el permiso de tomar en alquiler algunas piezas muy cerca de la casa de retiros. Mi designio era de colocar en ellas algunas enfermas pobres de las más abandonadas que se encontraran sin recursos, como son las del campo, o de aquellas que, teniendo enfermedades de languidez no pueden ser recibidas en los hospitales y son por consecuencia las más infortunadas. Yo pensaba tener 5 camas en honor a las cinco llagas de N.S. se lo dije al P. de la Croix que me prometió arreglar esto que yo esperaba que cuando yo tuviera las pobres, el Buen Dios me enviaría a alguien para ayudarme a cuidarlas, lo cual podría dar comienzo a mi proyecto. Por deseos que tuve y algunas búsquedas que hice, esto no pudo lograrse por falta de alojamiento cómodo.

Antes de su carta, no lisonjeándome de ver tan pronto el cumplimiento de mi proyecto, yo tenía siempre el pensamiento de aprovechar el pretexto de las aguas para ir primero a Dinan y de allí a la Cruz con el fin de no dar a conocer nada de mis proyectos. Lo que usted me dice de no demorar nada de lo que tengo que hacer si mi viaje se lleva cabo, me hace pensar que esto sería tal vez sobrepasar la prudencia humana el tomar un pretexto para no dar a conocer nada, porque esto sería decirlo públicamente el partir en esta estación, y entonces no podría dejar de escribir a mis parientes antes de hacerlo y ellos no dejarían de oponerse a esto; en cambio se podría hacer, según me parece, sin la menor sospecha, estarían menos sorprendidos de verme ir a la Cruz el año próximo si uno no ha estado en este año.

De aquí a este tiempo yo podría aprovechar este intervalo para disponer todas las cosas sin que desconfiaren para que yo pudiese sin estar obligada a volver, si la Providencia me destinara a quedarme desde ya allá. En la Croix yo podría quedarme todo el tiempo que yo juzgara conveniente sin que las demás personas fuesen enteradas del proyecto, excepto la Superiora.

No dejo de tener aquí varias cosas que arreglar para diferentes personas con las cuales me junto. Trataré de arreglar esto de modo que las cosas que no pueden estar terminadas por mí lo sean por personas de mi conocimiento. Yo había pensado antes de recibir su carta que yo aprovecharía del pretexto de las aguas, si usted piensa que yo deba volver a la Croix a pensar mi proyecto, y yo pensaba ir primero a Dinan, tanto más cuanto que tengo, y que tendré gran necesidad de sus consejos antes de emprender nada. Yo no quiero, no puedo decidirme sino a lo que usted me diga. El movimiento interior que yo experimento y la razón están perfectamente de acuerdo sobre este punto. Me parece que el Señor me permitiría, querría la empresa, no podría dejar de querer los medios que deben hacerla tener buen éxito. Así mismo le confieso, Padre mío, que yo no sentiría ningún valor sin este apoyo que me habría sido dado por Nuestro Señor mismo.

Segundo borrador de carta al P. de Clorivière

He pensado, Padre, que le sería a usted para decidirme a aquello que Ud. piensa que el Buen Dios pide de mí, que conozca Ud. más mi posición exterior y lo que le digo aquí podrá hacer que usted me haga preguntas en las cuales yo no he pensado y mis respuestas lo pondrán al tanto de lo que a mí respecta.

Fuimos 12 hijos, yo soy la última; actualmente somos 8. Yo creo que usted sabe muy bien el triste estado de mi hermano mayor. Es el Señor de Auxerre quien lo representa que ha cedido su derecho de primogenitura a aquel de mis hermanos que lo sigue, está casado y tiene hijos. Mi padre murió en 1750; se hizo en 1751 una partición provisional que ha durado hasta el matrimonio de aquel de mis hermanos que han hecho primogénito. Nuestras hijuelas definitivas no se terminaron sino en 1770: ellas montan para cada uno de los hijos menores a una suma de 15.000 frs. A ruegos del señor de Auxerre, mejoró mucho a mi hermano cuando su matrimonio toda su viudedad (parte de bienes que el marido da a su mujer) y muchos otros objetos. Tuvimos el infortunio de perder esta querida y respetable madre en el mes de enero de 1784.

El señor de Auxerre se creyó obligado a indemnizar tanto como lo pudo a los otros menores de los sacrificios que el comprometió a mi madre de hacer en favor de aquel que él había hecho el hijo mayor. En consecuencia el había arreglado que nuestras hijuelas podrían subir alrededor de 25.000 frs. Una pensión vitalicia bastante considerable reservada para mi hermano mayor en la sucesión de mi madre y las partes del Sr. de Auxerre y del señor de Bordeaux abandonadas en provecho de todos, y el mayor que se eligió aprovechaba en proporción de su derecho en estas mejoras.

Este plan que (cortaba) abreviaba muchas dificultades no fue adoptado. Una parte de los bienes de la familia están en pena. No se ha tocado un sol (peso) desde 1784 de las rentas bastante considerables sobre la Casa de Ayuntamiento de París. Yo creo que este objeto se perderá; en las circunstancias presentes el resto de los bienes de mi madre se cobre por un hombre de negocios. Todo va muy mal porque ninguno quiere hacerse cargo y se espera un dictamen que no llega nunca. Esto terminará cuando le plazca a Dios, pero yo no veo una esperanza de próxima terminación. Si alguno de mis hermanos llegara a faltar, esto se volvería todavía más difícil.

Mi madre, a quien yo no abandoné nunca y que me amaba extremadamente, quiso a menudo hacerme presentes considerables, lo cual yo rehusé siempre. Sin embargo, se me hizo aceptar algunas cosas de aquellas que ella había querido darme. El Sr. d' Auxerre quien vino a verla poco tiempo antes que yo tuviera la desgracia de perderla, le manifestó desear mucho que ella hiciese por mí todo cuanto ella pudiese hacer, en lo cual el veía una especie de justicia.

He aquí en qué consisten estos dones (yo di conocimiento de ello a mis otros hermanos y hermanas) los muebles que yo tenía para mi uso en el apartamento que yo ocupaba donde ella y el de mi doncella. Esos son los que me sirven en el retiro. Dos rentas vitalicias, una de 200 frs. y otra de 150 frs. más o menos; alrededor de dos mil escudos colocados en constituto. Yo le adjunto en otra hoja la nota de mi renta actual sobre la cual yo no debo nada. Por los insistentes ruegos del Sr. d' Auxerre yo tomé algunos muebles de mi madre de los cuales di simplemente un recibo que entrará en cuenta cuando se reparta el mobiliario.

- He aquí de lo que disfruto al presente - a saber:
- Un contrato de constitución sobre el préstamo de los controles que ha experimentado reducciones. Yo no recibo sino.....105 frs.
 - Contratos sobre particulares, que producen.....297 frs.
 - 8.000frs. colocados sobre la marmita de los pobres, que producen de renta vitalicia.....400 frs.
 - Contratos sobre los estados de 4.000 frs, produciendo.....200 frs.
 - Las dos rentas vitalicias que mi madre colocó a mi nombre.....350 frs.
 - Otras tres rentas vitalicias provenientes de sumas que yo coloqué cuando se me reembolsó algún dinero, produciendo en total.....650 frs.
- TOTAL.....2002 frs.

Yo pienso que quizás no sea inútil que usted sepa la naturaleza de mis bienes, a causa del uso que usted puede juzgar a propósito que yo haga de ellos.

3er. borrador de Carta al P. de Clorivière

Recibí la carta que usted Padre me escribió. Lo que usted me señala es precisamente aquello que me vino en idea en la Cruz después que usted me respondió en San Carlos que el proyecto que yo tenía en la mente era impracticable bajo el punto de vista en que yo se lo presentaba; usted me dijo aún de no pensar en ello. Durante los retiros usted pensó que mis miras podían desarrollarse del lado de la religión; hablamos de la Cruz. Yo le dije entonces las razones que yo tenía de no tomar pura y simplemente el compromiso de la religión. Cuando yo reflexionaba sobre lo que usted me había dicho, el proyecto de asociarme con Las Hijas de la Cruz me vino a la mente, conservando mi libertad y tomando de sus ejercicios y de su manera de vida todo cuanto pudiera conciliarse con las obras de caridad a las cuales el P. de la Croix me había dicho que el creía cada vez más que yo estaba llamada. Lo que usted me mandó me confirmó en el designio de hacer este ensayo. Pero le confieso Padre, que no dejé de sentir que al hacer este ensayo en la Cruz, yo no encontraría nadie en quién confiar, y no me siento dispuesta a confiar en otra persona sino en usted; he tratado de entregar en manos de la divina Providencia esta dificultad que a menudo me ha dado inquietud. Yo no lo encontraría, según me parece, si la casa de la Cruz estuviera en Dinan y si se pudiera encontrar allí una casa con las mismas ventajas, yo no titubearía, sin embargo si usted está de acuerdo en preferir esto.

He pensado también, como usted me lo dijo, que yo estaría muy aislada en la Cruz, que un cambio de superiora sería una nueva dificultad. La multitud de pensionistas es también una cosa que no me agrada. Pero mi mayor dificultad es la de no encontrar a usted en ese lugar, y yo me abandoné para esto a la divina Providencia, dejando para más tarde hablar de todo esto a usted

cuando yo esté en Dinan. Puesto que usted piensa que yo haría mejor en alojarme donde las Hermanas de la Sabiduría, yo lo haré y si yo pudiera encontrar en esta casa las mismas ventajas que en la cruz, no buscaré otra.

Hablé al P. de la Croix quien me dijo que él era de parecer de hacer el ensayo, pero que él se atiene completamente a usted acerca del lugar donde deba hacerse y el modo de hacerlo. De este modo, Padre, le ruego examinar la cosa delante de Dios. Yo espero la gracia de N.S. seguir exactamente la manera de conducirme que usted me prescriba. Le (pido) ruego pedir para mí a Dios la gracia de jamás apartarme de ella. Mi primer designio era el de asociarme con algunas personas que pensarán como yo para practicar de acuerdo las obras de caridad espirituales y corporales y animarnos recíprocamente en la práctica del servicio de Dios y del prójimo, por amor a Dios N.S.

Mi deseo es también que seamos particularmente consagradas a N.S. y a su Santa Madre de una manera especial y que todos nuestros ejercicios de piedad y nuestras obras de caridad fuesen hechas muy particularmente en nombre de Jesús.

Yo pensaba que la libertad de que gozaríamos para dedicarnos no a una obra particular sino a todas aquellas que la Providencia nos encargare, sin procurar en nada cosa en particular sino el bien espiritual y temporal del prójimo.

(Respuesta a una carta del Padre de fecha 27 de marzo de 1788).

4º. Borrador de Carta al P. de Clorivière

Dinan, finales de Julio de 1788

Yo le pido perdón de importunarlo todavía, ocupado como usted está en este momento; pero le ruego, Padre mío, tener la bondad de decirme una palabra. Una pensionista de San Carlos cuyo nombre no sé, me detuvo esta mañana al salir de la iglesia. Yo me preocupé de pedirle noticias de las personas que yo había visto el año pasado, en particular de la Sra. de Trecover. Sobre esto ella me habló del estado miserable en que ella se encuentra y de diferentes necesidades para esta señora que me han parecido muy apremiantes. Lo que llevaba era muy poca cosa para ofrecerlo. Le prometí que haría lo que pudiera. Yo llegué aquí. La Señorita de la Bédoyere me escribió que ella estaba muy inquieta, que tenía que pagar por adelantado su pensión en San Carlos, que ella no tenía más sino 3 frs. que ella estaba muy perpleja. Ella me pide que le preste 2 luisas. Yo le contesté que yo estaría encantada de poderlo hacer, que yo calcularía si esto me era posible. Yo estoy perpleja porque tengo pena de rehusarle y yo no sé si debo prestarle eso, tanto más cuando supongo que yo los podré perder. Yo traje 30 luisas pero todavía no he pagado nada aquí de lo que debo. Le agradeceré mucho, Padre, el decirme lo que usted piensa de esto. Yo tuve el pensamiento de hablar de esto en San Carlos a la superiora para

rogarle si ella se decide a tomarla sin pagar por adelantado, de suministrarle... (la frase está sin terminar).

Después de mi confesión, la confusión se ha apoderado otra vez de mí, creo que tiene por principio más disipación exterior, menos recogimiento interior, lo cual me hace sentir la necesidad extrema que tengo que él sea más continua, es todo cuanto puede darme la paz. Estoy más asustada que nunca de ir a la Cruz, me vienen dudas acerca de ello, del disgusto, de los temores, todo me asusta; me parece que tengo dos modos de ver las cosas según mis disposiciones. Esos pensamientos me dan ideas de desesperación que me hacen desear la muerte. Temo mucho la violencia de estos sentimientos y de esta agitación, espero no obstante por la misericordia de Dios no consentir voluntariamente al mal. Lo que me hace esperar esto es que yo deseo no sucumbir a estas tentaciones y que protesto a N.S. bien fríamente a la verdad, que yo temo ofenderlo y que le ruego de preservarme de ello, manifestándole a pesar del temor que tengo a los sufrimientos y que es tal que yo no me atrevería nunca a pedirlos, yo quiero temer todavía más que todos los otros males el de desagradarlo. Soy infiel a mis ejercicios, temo aún el ir a la iglesia, aunque yo siento que es solamente allí que puedo encontrar reposo. Tengo mucha dificultad de hacer mis oraciones vocales, yo no las hago todas y las hago muy mal; algunas veces me imagino que yo no las puedo hacer. Mi oración no me hace salir de la inquietud en que estoy y me hunde algunas veces más en ella. No tengo la fidelidad de mantenerme sumisa en la presencia de Dios a pesar de esta penosa disposición. Trato de salir de ahí por medio de la lectura de algún libro propio a mi posición, algún capítulo del Cristiano interior que trata de la dicha de seguir a Jesucristo por el camino de la cruz y del valor que es preciso tener, me han recordado algunas veces la sumisión y el abandono a su voluntad. Otras veces todo es inútil y me siento de tal modo gravosa a mí misma que no sé qué voy hacer.

He tenido, sobre todo hoy, una pena extrema al comulgar en estas disposiciones y no sé todavía si he hecho mal en hacerlo así antes de haberle dado cuenta a usted. Después de la comunión, he pedido a N.S. que se haga el dueño de mi corazón y me conceda la gracia de ser de El enteramente y no a medias. He pensado inmediatamente que lo que hace que yo no esté en paz es que no lo soy todavía toda suya.

Me vino a la mente de decirle a usted que en tanto que el mundo tenga algo que pretender de mí yo no estaré tranquila allí. He pensado proponerle a usted abandonar sus libreas lo más pronto posible; temo de mí misma si este cambio se hace poco a poco. Creo que la inquietud y la agitación que experimento puede venir de que yo me detengo mucho en romper con el mundo sin hacerlo de inmediato, y esta diligencia exterior podrá ayudarme mucho. He pensado también que no tendré paz sino cuando yo no sea dueña de mis acciones y que la obediencia rijá toda mi conducta, lo cual me hace sentir cuán necesario me es esto; es el estado en que yo me encuentro que es la causa en que yo no sé en qué ocuparme.

Solamente la obediencia podrá guiarme y obligarme a hacer cosas por las cuales yo tengo repugnancia, como ella lo hizo desde hace un año con respecto a la comunión, a la cual no he faltado aunque a menudo me ha costado. Pienso en otros momentos que yo no tendré calma después de esos sacrificios. Sin embargo, Padre mío, he creído deber decirle lo que pasa en mí. Me viene a la mente además, para apartarme de ello, que la prudencia sería pasar tres meses en la Cruz sin hacer ningún cambio, a fin de ver cómo un encuentro, y aún esperar que nuestras hijuelas se hagan, a causa que la opinión de este paso podría dar a mi familia. Pero pienso además que podría no haber un tiempo más favorable y que a la edad que tengo y después de haber ofendido tanto a Dios, es ya tiempo de entrar en sus designios. Si usted Padre, juzga que El

me destina a esta forma de vida, he pensado, si usted lo juzga a propósito que yo siga exactamente la regla de las Hijas de la Cruz y que además yo le pediría a usted el permiso de ayunar tres veces por semana, los miércoles, viernes y sábados. Durante algún tiempo el P. de la Croix me había permitido los viernes y sábados y esto no causó perjuicio a mi salud. Le pediría también el permiso de acostarme sobre un jergón, lo cual podría no ser conocido por nadie porque yo quitaría y pondría el colchón que me dieran. Me he acostado así en Rennes durante algún tiempo porque había dado mi colchón a un enfermo pobre. Le pediría también el continuar levantándome a las 4:30 de la mañana. El P. de la Croix me lo había permitido porque yo hacía una media hora de oración en mi cuarto antes de bajar al coro a las 5:30. Le ruego también decirme si me permite no faltar en levantarme a esa hora, nunca más tarde, a menos que yo esté enferma para hallarme en la oración común. Esto fue lo que el P. de la Croix me había prohibido de hacer estando enferma, porque le hablaron en el Retiro y que él creyó que esto me pondría más enferma, lo cual no creo. Yo temía, si yo no me hubiese levantado como todo el mundo, que se me hubiese impedido de tener la misa y de comulgar, y yo pensaba que esta infidelidad me alejaría del Buen Dios, y a pesar que sufriese, yo estaba recompensada algunas veces por un sentimiento de haberme hecho violencia por N.S.

Pensé, Padre mío, que yo debía darle parte de estos pensamientos, aunque me cuesta el hacerlo, porque me parece que todos mis buenos sentimientos se han desvanecido. En las cosas que le propongo, las más contrarias a mi inclinación, creo aún que yo me busco a mí misma y que no obro puramente por el Buen Dios. Sin embargo, me cuesta mucho en la disposición en que estoy de hablarle de todo esto, pensé que debía darle a conocer como lo puedo lo que experimento y que usted juzgue luego lo que debo hacer, porque estoy resuelta, por la gracia de Dios, de hacer lo que usted me diga.

5º Borrador de Carta al Padre de Clorivière

Este viernes en la mañana.

Temo padre, ser infiel a N.S. leyendo cartas antes del final de los retiros, que sospecho me podrían dar otras ideas. Sin embargo como hay una de mi hermano, y que yo no sé si él está todavía en la Bastilla, y que yo no he escrito desde el día de mi salida para venir aquí, le ruego de ver mis cartas y de tener la bondad de decirme si es el caso de leerlas y de responder antes que se terminen los retiros, es decir, para el martes.

Voy a hacerle algunas peticiones, si usted me lo permite, Padre. No queriendo importarlo a menos de una gran necesidad durante su misión. Si mi doncella siente alejamiento para pasar el invierno aquí, o que sufra su salud, me permite usted el enviarla a Rennes y pagar su pensión en el Retiro. Por lo demás espero no decirle sino lo más tarde posible mi designio de pasar el invierno aquí. Yo ya no la necesito para mi toilette; mi intención es emplearla en trabajar para los pobres o para la Iglesia. Ella arregla todavía mi cama y mi cuarto. Aprueba usted que yo misma lo haga y que mi cambio de vestido le haya hecho conocer mis intenciones, o bien quiere usted que inmediatamente después de los retiros yo no la deje ocuparse de mí. Estoy indecisa también acerca del modo como convenga conducirme con ella, porque el

mandar aún a una sola persona, no va en absoluto con alguien que debe haber venido aquí para ser la última de la casa y para formarse aquí en la virtud.

Con frecuencia he tenido el designio de deshacerme de mi reloj para tener solamente uno de plata por la necesidad. Pienso que esta es la ocasión para ello, podría comprar uno de plata para mi doncella en caso que ella se quede, ella tiene deseos de uno, y cuando me sea necesario, como cuando yo esté fuera de la casa, yo podría servirme de él.

Todavía no le he hablado a la Superiora del empleo que me propongo hacer de los 600 frs. Lo cual sale mejor, Padre mío, el remitírselos sencillamente diciéndole mi intención o rogarle el calcular el pequeño lugar que ella tiene para suministrar las camas, y limitarme a eso. He pensado eso, pero con todo temo que no sea eso un pretexto de retirar lo que yo había ofrecido a N.S. con el consentimiento suyo para ese objeto.

Le ruego decirme también lo que podría decir a mis parientes y amigas por mi permanencia aquí. Pensaba que yo podía decir que yo contaba pasar algún tiempo aquí, y hacia Todos los Santos o más pronto si es necesario, yo les diría que decido pasar el invierno aquí.

Me gustaría saber los libros que usted me aconseja tener para lectura y para tema de oración, además de la que se hace en común. Cómo debo comportarme con la Superiora, cuáles permisos le debo pedir? Será necesario no dar a los pobres sino lo que ella me haya permitido? No estaría yo dispensada de esto cuando esté fuera de casa en ocasiones imprevistas? Si usted tiene la bondad de reglamentarme lo que debo hacer y dármelo por escrito, yo estaría más segura que lo que haga será agradable a N.S. Temo que no tenga usted tiempo de hacerlo ahora. Entonces usted tendrá la bondad de señalarme lo que usted piensa a su vuelta, de la conducta que debo observar aquí. Por ejemplo, yo estoy indecisa que sería mejor salir algunas veces para los oficios de afuera como las Bendiciones del Smo., sermones, o limitarme a lo de aquí. Podría ir a San Maló me aconsejaría usted de ver a alguien si se presenta la ocasión; usted sabe del alejamiento que tengo para las visitas, yo creo que su intención no es que yo lo haga; tal vez estaría en el caso de ver dos o tres personas que conozco, si puedo dispensarme de esto. No debería contentarme con ir a las iglesias y hospitales?

Estoy indecisa cómo hacer para no tener una alimentación diferente de la de las religiosas, esto me parece difícil, comiendo en la mesa de las pensionistas. Hay también las penitencias que hacen las religiosas en el refectorio que serían muy buenas para deshacerme de mi amor propio, pero no le oculto Padre que esto me costaría sobre todo porque lo ven las pensionistas. Sin embargo, Padre, si usted piensa que yo debo tratar de hacerlo, yo preguntaré a la Superiora si esto sería posible.

He dicho a la Superiora que N.S. me ponía entre sus manos, puesto que usted me había puesto en ellas; le he rogado de advertirme mis defectos y de tener la caridad de darme los consejos (avisos) que ella creyera convenientes. Ella me manifestó mucha bondad, me habló de la cuenta que una da de su interior. Dígame Padre, se lo ruego, si es vuestra intención para mí en ello. Yo haría lo mejor posible, pero estaría muy molesta aún más por el amor propio que por la falta de costumbre. Le ruego dejarme una palabra al irse para Rennes.

He puesto tanto orden como he podido en mis pequeños asuntos para estar más libre con el fin de hacer más fácilmente lo que usted me dicte. Tengo una memoria exacta de aquello que dejé en Rennes y he dejado mis llaves a una de mis amigas que está en mi secreto. He pensado

que, según las cosas a las cuales Ud. me decida se podría muy bien que yo me deshiciera a continuación de mis objetos. Yo destino al Buen Dios aquello que tengo y puede convenir para la iglesia, pero eso no es ni bello ni considerable porque ya he usado de ello para ornamentos de iglesia de lo que tenía mejor. Pienso que las cosas que tengo y que son de naturaleza de poder ser distribuidas a los pobres sin cambiar de forma podrían ser dadas por mi amiga, y los otros efectos vendidos para ser empleados por mí en provecho de ellos de modo de la manera como usted juzgue conveniente, porque aunque yo no tengo sino cosas muy sencillas si yo fuera a otra parte diferente que aquí, espero siempre que habré aprendido a pasarme con mucho menos, sobre todo si usted se decide por cambio de vestido de lo cual hemos hablado. He traído aquí muchas cosas inútiles a lo que veo, pero en fin, como están aquí y que no puedo disponer de ellas antes que lo haya ordenado, lo cual haré, he sido obligada a rogarle a la Superiora a comprarme un armario que creen que ella me presta y que yo le he dicho que yo se lo dejaré. Me cuesta ya un luís para las cosas inútiles que me estorban; yo tuve miedo que me faltaran algunas cosas lo cual me ha hecho ocuparme de muchas cosas a las cuales habría podido renunciar para prepararme al cambio completo al cual usted ha pensado y del cual he tenido a menudo el pensamiento. Tengo todavía que ver algunos objetos de gastar para las buenas obras. Sin embargo he tratado este año de desembarazarme tanto cuanto he podido de cosas a las cuales yo pensaba que no podía darles mis cuidados. He notado aún en esto una providencia que me ha hecho encontrar otros recursos para las jóvenes que yo tenía cuidado, y lo que me ha quedado no pide que yo me ocupe personalmente de esto y puedo seguirlo desde lejos.

He ahí, Padre, la situación de mis pequeños asuntos. He arreglado tanto como he podido las cosas que se refieren a mis parientes de las cuales estaba yo encargada en Rennes, pero me reprocho de no haberme desprendido más antes de muchos cuidados inútiles para mí, aunque yo estaba inclinada interiormente a mi vuelta a Rennes después del retiro, a suprimir muchas cosas como cuestión de ajuste. Yo no hice allá más que muy ligeros sacrificios y yo no trataba de profundizar seriamente aquello que el Buen Dios podía pedirme en el detalle con el tiempo. Mis resoluciones generales se debilitaban. Me he encontrado casi tan apegada a esas vanidades y hasta el momento en que vine a Dinan no he dejado de ocuparme de ellas comprando cosas nuevas. Tengo aún algunas comenzadas y me las terminan, pero espero que yo no las llevaré (usaré). Yo hice eso en un tiempo en que yo no podía disimularme que yo iba a ocuparme de renunciar enteramente a ello, tanto la inclinación a la vanidad y todo cuanto se relaciona con ella está arraigado en mí. He pensado que esperando que usted reglamentaría la manera como yo estaré vestida, podría desde este momento suprimir las cintas en la cabeza. Es una pequeña cosa, pero como usted me dijo Padre, ninguna cosa lo es cuando lo consideramos con relación a Dios y mi vanidad se ha alimentado a menudo de esas miserias a pesar que hace mucho tiempo que yo no gasto mucho para mi persona, yo no había renunciado a la vanidad arriba nombrada, no he querido hacer ese pequeño cambio sin pedírselo a usted.

Querría saber, Padre, y tengo miedo de olvidarlo de pedirle si debo pagar un cuarto de pensión al final del retiro. He sabido por la Superiora que ella ya no lo será más desde el mes de noviembre.

6°. Borrador de Carta al Padre de Clorivière

Permítame Padre darle cuenta de lo que pasa en mí después del retiro. He vuelto aquí con un poco de repugnancia, el corazón muy triste y oprimido, sin poder decir precisamente lo que yo tenía, porque yo deseaba y temía a la vez volver a encontrarme aquí. Sin embargo estuve mejor después de haber hablado con usted en el momento de mi partida y yo salí bastante contenta, a pesar de esta pena que no puedo definir, pero con esperanza que yo hacía la voluntad de Dios. Me vuelven momentos de tedio muy vivos, pero no duran mucho. Experimento alternativa continua de agitaciones, de inquietudes, de abatimientos y de penas, de inclinación al mal, y paso enseguida algunas veces en este instante de este estado de pena, de insensibilidad y de indiferencia por mi salvación a un estado de paz, de confianza, de gozo, de horror por las menores faltas, y de ardor por la perfección, de caridad para mi prójimo, de celo por mi salvación y de deseo de procurarla. En el estado contrario yo no siento sino indiferencia, mal genio y aún algunas veces de aspereza contra mi prójimo. Me parece que todo lo que yo puedo hacer es dejar advertir completamente esta disposición porque ella se manifiesta siempre un poco y yo no soy entonces ni tan atenta ni tan obsequiosa con las personas con quienes vivo. Experimento entonces en la oración un alejamiento (desvío) muy grande por este ejercicio, me siento agitada, fuera del estado de fijarme en nada, a lo menos esto me parece imposible y la violencia que tendría que hacerme para orar como no es necesario me parece por encima de mis fuerzas y considero los esfuerzos que yo haga para ponerme en paz, como inútiles. Me parece entonces indispensable abandonar la oración en ese tiempo, y yo tomaré ese partido, dado la inutilidad de todo cuanto yo puedo hacer cuando me encuentro en esta disposición; pero me siento detenida cuando me encuentro en el tiempo de la oración en común.

Me gustaría tener sobre esto su opinión en una u otra de estas circunstancias porque temo cometer una falta en no tomar constantemente los medios de calmarme y de ponerme en la presencia de Dios a causa de la experiencia que tengo de la inutilidad de mis cuidados.

Lo que me inquieta más después de mi retiro, son esas faltas en mis ejercicios de piedad y los sentimientos de vanidad. Encuentro en mí un fondo de amor propio tan arraigado que tengo que temer que no sea él el móvil de toda mi conducta. Yo desapruero algunas veces esos ruines motivos que me ocupan y me hacen hablar y obrar, pero los sentimientos de vanidad me dan sin embargo complacencia, y estoy bien persuadida, como usted me lo dijo, que mis inquietudes no vienen sino del amor propio porque yo confieso que la menor cosa lo hiere y que el temor de todo cuanto puede humillarme o atraerme el más ligero desprecio es ordinariamente la causa primera de la desazón y de la agitación en que vivo casi siempre. Por más que yo proteste entonces a N.S. que yo lo prefiero a todas las cosas y me penetre del sentimiento que todo lo que no es El no es nada. La impresión que siento del sentimiento del temor al desprecio o aún que no se tenga para conmigo toda estima que yo quisiera es tan fuerte que yo estoy mucho tiempo, como ya lo dije, sin poder tranquilizarme, ni aún con la oración.

Como le he dicho, me ha venido a la mente, y no sé si este pensamiento viene de Dios, que una confesión general por la cual he tenido siempre tanta oposición que yo temo algunas veces que me fuese necesaria, y que no siéndolo puesto que Ud. lo ha juzgado, así me sería a lo menos, muy útil. Creo que ella sería un buen medio para adelantar en la destrucción de mi amor propio y que la paz del alma que ella me procuraría, disminuiría las vueltas continuas sobre mí misma que usted me reprocha y que N.S. me reprocha también, porque yo siento muy a menudo que bajo el pretexto falso de servirlo mejor, yo me busco a mí misma en todo. Yo no estoy ocupada sino de mí misma y muy poco de la presencia de N.S. en mí, quien solo El puede darme

la paz y me la da efectivamente cuando tengo la facilidad de aplicarme a ella y que mis infidelidades, sobre todo mi amor propio, no me desvían de esta atención, creo también que mi oficiosidad y mi actividad natural me perjudican mucho, es además una de las cosas que advierto que me hace el mayor perjuicio.

Mis razones para pedirle el hacer una confesión general son en primer lugar el pensamiento donde estoy que al momento de la muerte yo me reprocharía de no haber hecho una con usted, tanto más que no he hecho bienamente una, sino para mi primera comunión y no tenía más de los 10 años y pronto tendré cuarenta. Aunque he hecho varias revistas con sinceridad y que después de un retiro que hice en 1782 no me he retractado de la resolución que tomé por la misericordia de Dios, de ser toda de El, yo no tengo en algunos momentos la conciencia muy satisfecha. Temo no haber recibido el Sacramento de la Penitencia con todas las disposiciones requeridas. Una confesión general, al remediar todo aquello en que yo hubiese podido faltar, sería un buen fundamento para el edificio espiritual que yo quiero levantar en mí por la gracia de Dios. Mis repugnancias y mis desgananzas en la práctica del bien me hacen sentir que me son necesarios motivos bien fuertes para sostenerme y vencerme. Dónde puedo encontrar algunos semejantes a aquellos que debe inspirarme la vista de la vida que yo he llevado, de mis infidelidades, de mis ingratitudes, de mi inconstancia. Qué medio más propio para adquirir la humildad de que tengo tanta necesidad. La experiencia que tengo del bien que me ha hecho la humillación que se encontraba unida al examen y confesión de mis faltas me persuade más que todo el resto del provecho que yo sacaría de ella, porque pienso, como usted me lo dijo desde luego, que éste ha sido el medio de atraer sobre mí las gracias de Dios.

Actualmente yo le diría, Padre mío, que yo considero como la cosa más difícil para mí una confesión general, tanto a causa de mi amor propio, a pesar de la resolución que tengo de vencerlo, como por mi falta de memoria y conocimiento de mí misma. No obstante, a pesar de los obstáculos tengo confianza en N.S. si usted juzga que sea Él quien me da el pensamiento de hacerla, yo la emprenderé, persuadida que Él me ayudará con su socorro poderoso. Me parecería imposible pensar en ella si usted no me permitiera el escribirla, porque casi siempre cuando me confieso, sea que esto provenga del demonio o solamente del amor propio, la confusión que experimento es tan grande que (pierdo) olvido todo cuanto tengo que decir; y esto sucedería infaliblemente en una confesión general si yo no lo escribiese.

Pido a N.S. por intercesión de su Santa Madre, hacerle conocer a usted lo que Él pide de mí en esta ocasión. El pensamiento que usted me conocería todavía mejor me hace desear que Usted me la conceda aunque yo tengo al mismo tiempo temor, no por falta de confianza, sino por la que me dan las dificultades que temo y que me hacen sentir miedo de hacerla mal. Pero siento que con las gracias que Dios me ha hecho yo debo poner toda mi confianza en El. Estoy muy contenta de explicarme con usted acerca de todo esto por escrito, porque si yo pudiese hablarle a usted en este momento, lo cual también es incierto, usted estaría muy urgido de tiempo para que yo pudiese decirle todo esto que le escribo.

En caso que usted juzgue que yo haga esta confesión general me queda por pedirle el tiempo en que la haría, el del retiro que usted da aquí le deja a usted muy poco tiempo. Si usted lo aprueba yo podría antes encontrar un pretexto para hacer un pequeño viaje a Dinan, de algunos días, donde las Hermanas de la Sabiduría, tanto más que yo temo un poco que haciendo una confesión general durante el retiro, ponga menos atención a los ejercicios y que no me ocupase sino en pensar en mi confesión.

Yo abandono todo esto, Padre mío, a su caridad por mí. No he omitido, por la gracia Dios, mis comuniones desde mi vuelta de Dinan.

7°. Borrador de Carta al Padre de Clorivière
(Respuesta a una carta del Padre, del 4 de febrero de 1788)

Rennes, febrero 1788

He recibido la carta que usted tuvo la bondad de escribirme, no sé agradecérsela suficientemente. Tengo, por la gracia de Dios, el mayor deseo de aprovecharme de los consejos que usted me da para no dejarme abatir y desanimarme por mis faltas. Yo siento cuánto el medio que usted me dijo que tome para levantarme tiene de fuerza y de suavidad al mismo tiempo, y advierto muy bien que si yo hiciera uso de él, tan pronto como caigo en cuenta que he caído, mis caídas no me harían tanto perjuicio, y siento vivamente que jamás sabré ocuparme suficientemente de los sentimientos de confianza que usted me aconseja para esas ocasiones en que el desaliento embarga la parte superior, o mi amor propio que no me ... (la palabra falta en el autógrafo) con relación al proyecto que yo no hago, (como usted dice, Padre, sino entre ver leyendo su carta sobre ese objeto).

He sentido una pena muy grande, y ella estaba fundada en que, en la incertidumbre en que estoy de la voluntad de Dios, yo no me confiaba sino en lo que usted piensa, porque sé cuánto debo desconfiar de todo lo que proviene de mí, pero no lo sé tal vez suficientemente todavía. La disposición en que me encuentro me ha hecho temer aún en no buscar en el fondo sino el seguir mi voluntad propia más bien que la de Dios puesto que yo habría permanecido en paz si yo hubiese buscado pura y simplemente el cumplimiento de esta divina voluntad; a menudo me he disgustado conmigo misma de no encontrarme suficientemente conforme y de desear demasiado vivamente que la voluntad de Dios se encontrase en la ejecución de ese proyecto del que le he hablado. He dicho al P. de la Croix todos los sentimientos que me entristecían con respecto a eso. Le he dicho qué temía, aunque en el fondo yo no tuviese la intención, engañarlo, engañándome a mí misma acerca de mis disposiciones, me parece que hay allí entusiasmo en lo que pienso del proyecto y de gusto por lo extraordinario que proviene un poco de mi carácter. Lo cual puede venir de ahí como usted dice, Padre, de un amor propio sutil que se fastidia de caminar detrás de los demás. Sin embargo, por la gracia de Dios, después de los primeros momentos en que su carta me hizo mucha impresión haciéndome temer estar equivocada en mis proyectos por la vida, a que me siento inclinada a creer que Dios pide de mí, he tratado de poner todas mis inquietudes entre sus manos y pedirle que quite de mí tal deseo si es contrario a su voluntad; y le ruego al mismo tiempo que se lo haga conocer a usted y al P. de la Croix si está conforme a los designios que El tiene sobre mí. Yo siento muy bien que no hay nada seguro sino eso, y tengo mil razones, más que ninguna otra, para desconfiar de todo lo que venga de mí. He dicho al Padre que yo le rogaba me dijera francamente si debo abandonar sin restricción mi proyecto; que yo esperaba de la gracia de Dios renunciar inmediatamente cuando él haya examinado la cosa delante de Dios, y que si él llega a pensar que el ensayo tampoco está en el orden de Dios sobre mí, yo no lo haré. Al mismo tiempo le rogué de pedir a Dios para mí la gracia de no pensar más en ello, esto me será muy necesario en este caso, sin lo cual yo estaría siempre inquieta con esta idea. La respuesta del Padre es que él jamás ha tenido oposición al

proyecto del cual él prevé difícil ejecución, pero me ha dicho que estaba de acuerdo con el ensayo y que esperaba que Dios manifestara su voluntad por ese medio; que esperando ese tiempo era necesario rogarle que la haga conocer; por lo demás me ha dicho que me atenga a lo que usted juzgue a propósito sobre el lugar que debo habitar en Dinan; me ha parecido muy satisfecho que yo haya pensado en el Hospital, y yo le había hablado a usted de esto porque encontré la clausura un poco incómoda (molesta); me sería muy cómoda para evitar ver personas del mundo, pero yo no estaría a gusto para las devociones y para ver a los pobres.

El Padre está muy contento de ver que todo mi asunto está en manos suyas. En cuanto a las señales en las cuales usted me dice que debo reconocer cuál es la naturaleza de mis deseos, creo poder decirle no haber experimentado mayor paz, calma y satisfacción que cuando recibí su primera carta donde ví por primera vez un resplandor para la ejecución de lo que creo poder llamar los designios de Dios sobre mí, sin que a pesar de ello esté exenta al decirlo del temor de equivocarme.

La resolución en que estoy de hacer lo que me digan me tranquiliza; me parece también que no puedo disimularme que nada ha contribuido tanto a reanimarme en la virtud como la esperanza de ser llamada a llevar una vida más perfecta, donde pueda amar y servir a N.S. de otra manera y contribuir a hacerlo amar y servir. Siento también que estos designios me han dado mucho más valor, aunque no sea muy grande y que aunque no sea sino por la comparación con mi cobardía pasada. Sin embargo creo no poder ignorar que el valor ha aumentado notablemente después de mi retiro en la Cruz; y aunque los sentimientos que he experimentado a continuación de ese tiempo de soledad no se hayan mantenido como lo deseaba, siento sin embargo que jamás he tenido mayor esperanza y deseo de servir a Dios como después que usted me hizo entrever la posibilidad de mi proyecto. Temo no haber sido exacta en aquello que usted me recomendó de no ocuparme del proyecto.

8º. Borrador de Carta al Padre de Clorivière

1788

Después de haber titubeado, me decido a mostrarle esta carta. No sé a qué atribuir todo aquello que el interés y la amistad quieren reprocharme. Yo no quiero en absoluto conducirme por mi voluntad, pero le aseguro que no hago nada extraordinario a la verdad. He perdido la costumbre del vino y del café después de mi retiro en la Cruz y no me encuentro más mal de salud. Tengo el aspecto de estar más débil de lo que estoy y creo que mi temperamento se fortifica desde que me ocupo menos de mi salud. La Sra. de Carman quien me ha escrito no sabe que no es ella sola el objeto de mi viaje, ella cree que yo iré simplemente un momento a la Cruz por el tiempo del retiro; por consiguiente ella no puede adivinar la necesidad extrema que tengo de pasar el mayor tiempo que me sea posible delante del Smo. Sacramento; menos aún puede saber todo lo que pasa en mí que me hace tan necesaria la asiduidad a la iglesia durante la adoración, porque considero como un rasgo de la providencia para mí el haberme encontrado aquí durante este santo tiempo. Todavía no he contestado a esa carta. Yo advierto muy bien que aquí encuentran mi género de vida un poco extraordinario. Pero a menudo, en las disposiciones en que estoy habitualmente, yo no sabría qué hacer si no fuera a la iglesia. No es que emplee bien el tiempo que paso allí, debería ser así.

He tenido intranquilidad después de mi confesión que no haya habido voluntad en las rebeliones interiores y en la especie de desesperación que me dan mis disposiciones; sin embargo he comulgado por obediencia. Pienso que el Buen Dios permite eso... No puedo concebir el cambio que se obra en mí en algunos momentos, en presencia de N.S. todos mis temores, mis penas desaparecen. Mi valor aumenta y mi deseo de entregarme al servicio de N.S. sin reserva alguna, y mi resolución de abandonarme a todo cuanto El quiera ordenar de mí, se afirma entonces más y más. Después de esto me admiro de las gracias de N.S. para una persona tan indigna como yo. Comparo el pasado con el presente y lo que espero para el porvenir, y me deshago en sentimientos de agradecimiento, y me excito con esto al amor de N.S. pensando hasta qué punto yo lo he ultrajado. Estas disposiciones han estado (sido) más frecuentes desde la fiesta de...

(El final de este autógrafo falta)

9ª. Carta al Padre de Clorivière

Carta de M. de Cicé

Querría saber, padre, a quién me aconseja dirigirme durante su ausencia, si está de acuerdo que continúe yendo a confesarme al Padre de Sta. Clara, como lo he hecho durante sus viajes.

En cuanto a la residencia que debo habitar hasta su vuelta, yo creo que Ud. cuenta que yo permanezca en San Carlos, a menos que los acontecimientos me obliguen a salir de allí.

Le ruego decirme si puedo y si debo manifestar el deseo de la comunión diaria como Ud. me lo había prescrito.

Qué ejercicios de piedad me prescribe? Si lo aprueba, mi intención es tanto como esté libre para hacerlo, seguir el orden de los ejercicios de la casa en que estoy levantada de las % h. de la mañana, el Oficio en común, la hora de oración aunque yo no sepa algunas veces cómo emplearla, no teniendo ningún cuidado para hacerla bien.

Porque yo estoy seguramente mucho menos adelantada sobre este número que gran número de personas que no hacen sino comenzar a darse a Dios; voy casi siempre con el espíritu lleno de toda suerte de cosas, y cuando me encuentro algunas veces tranquila en la presencia de Dios, el espíritu y el corazón llenos de una afeción santa, creo pierdo el tiempo porque no estoy mejor después de esta oración, aunque me ha parecido mientras que la hacía, que era más fervorosa; no he advertido en la práctica ningún progreso, aún después de algunos días que he pasado casi íntegramente en la presencia de Dios, rogándole en nombre de N.S. que me conceda la gracia de ser fiel a Él, de amarlo hasta el olvido, hasta el desprecio de mí misma, pidiéndole con la

Respuestas autógrafas del P.

El confesor de la casa, si esto es posible.

Si no sobrevienen razones que exijan que cambie.

Nada puede serle más ventajoso.

Aplíquese mucho a la mortificación de los sentidos y a la mortificación de las pasiones. Reprima su actividad natural. Ame el recogimiento y la soledad; pero que la caridad la lleve a las obras de misericordia. Apruebo mucho que siga el orden de la Casa.

No ponga obstáculos a las consolaciones que Dios quiera darle, pero no la deseéis con mucha avidez. Recíbalas con admiración. Soporte la privación con humildad. No se desanime, es la buena voluntad que Dios pide.

más viva instancia me tome a su servicio y de darme yo enteramente a El, a cualquier precio que sea. Estos sentimientos que son algunas veces muy vivos y que me parecen el deseo de mi voluntad, no producen ningún cambio en mi conducta.

Experimento, en verdad, un disgusto casi universal de todas las cosas que no tienen relación con la piedad. Pienso también que esto viene un poco de mi natural (genio) y creo que debo temer esta aversión que es para mí una fuente de desigualdad de genio (carácter), las relaciones que tengo con diferentes personas. Mis parientes mismos me son gravosos mucho más de lo que le puedo decir. No siento inclinación sino por una vida extraordinariamente retirada, (a lo menos no quisiera tener comunicación con el prójimo sino por aquello que se refiere al servicio de Dios), una vida entremezclada de ejercicios de piedad y de buenas obras, en particular de aquellas que están más a mi alcance ahora, de instruir y de animar a las jovencitas a la piedad, ocupación a la cual he tomado mucho gusto, sobre todo desde el proyecto que usted me confió me aconseja volverlo a emprender cuando se abran las clases y haré bien de emplear allí más tiempo como lo proyecto si Ud. lo aprueba y que lo encuentran bueno en esta casa.

Esto me hará tanto más bien cuanto que siento la necesidad de ocuparme de cosas que me mantengan en la presencia de Dios y no me sean materia de inquietudes como las conversaciones, porque no sé en absoluto comportarme bien allí; mi amor propio y mi vanidad hacen que aunque yo no encuentre ningún gusto en esas conversaciones, yo me ocupo únicamente de las personas y no conservo mi espíritu y mi corazón libres, lo cual me da muchas inquietudes, y pierdo a lo menos el tiempo en esto, sin contar las faltas que hago, de las cuales no puedo darme cuenta por mi falta de vigilancia.

Por eso nada deseo tanto como la dicha de estar asociada bajo la conducción de la

Sopórtese a sí misma con paciencia y no se enfade más contra sus defectos que contra los del prójimo.

Es una obra excelente el instruir a las personas jóvenes. Se ejercita allí toda clase de virtudes.

No huya enteramente de la sociedad, pero no se entregue completamente a ella. Debe proponerse atraer a Dios a las almas con quien converse. No deje aparecer el disgusto y fastidio que pueda tener.

obediencia a personas verdaderamente interiores que no se ocupen sino de las cosas de Dios, y cuya jornada estaría llena por la oración, el silencio, la práctica de las buenas obras, sobre todo de aquellas que inspira el celo de la salvación de las almas, aunque no sea sino de enseñar la doctrina cristiana a los niños pequeños y a las personas que la ignoran; ejercicio por el cual yo no sentía ninguna inclinación en otros tiempos, pero sin renunciar a las obras de misericordia corporales si la ocasión se presenta de nuevo de practicarlas. Ahora me gustan más las que se refieren al alma.

Aquello que Ud. me dijo de los votos intención que se hagan en la sociedad que usted proyecta, me da tanto mayor placer cuanto que eso es desde hace mucho tiempo el objeto de mis deseos. Yo no pensaba entonces sino en los votos simples renovados cada año, estando un poco asustada de compromisos irrevocables para personas no enclaustradas y por consiguiente no completamente separadas del mundo a causa de las obras de caridad, aunque yo he deseado siempre no conservar relaciones con el mundo sino por las necesidades del prójimo.

En cuanto al voto de pobreza, que yo pensaba que no podría ser practicado como lo es por los religiosos, yo esperaba sin embargo, que yo podría a continuación tener todo su mérito delante de Dios, cuando en la Sociedad en que estaría yo entregaría absolutamente todo lo que me pertenece, y generalmente entre las manos de la Superiora que usted me diese; y yo no dispondría de nada sino por su orden ni para mí ni para los demás, y yo practicaría sobre este punto como sobre los demás la más perfecta obediencia.

No puedo decirle, Padre mío, cuánto aspiro a un semejante género de vida del cual usted habrá ordenado los ejercicios y los empleos y en el cual no me conduciré en nada por mí misma. Me parece que una vida semejante sería la única capaz de devolverme la paz del

La Divina Providencia le dará sin duda un día, el medio de satisfacer los deseos que Ella le ha inspirado con respecto a la práctica de los Consejos Evangélicos, pero hay que aguardar sus momentos.

alma. No estaré en mi centro sino hasta entonces. Me viene a menudo a la mente que yo me ocupo ahora de cosas para las cuales no estoy hecha, que el tiempo es corto, que tengo mucho que reparar...y muchos méritos que adquirir. Si quiero responder a las gracias de Dios, yo no sé algunas veces si esto no es un poco de singularidad de mi parte, pero yo no me acomodo en absoluto de la manera de hacer de muchas personas piadosas con relación a la vida interior, a las conversaciones. Sin embargo pienso que ellas saben comportarse mejor que yo y conservarse en la presencia de Dios y en la práctica de la guarda del corazón, lo cual yo no sé hacer; es verdad, pero esto es raro, que sucede algunas veces que esta clase de cosas me molestan menos y yo no pierdo la paz en ocasiones en que tenía costumbre de perderla.

Yo no sabré, según me parece, darle a usted una idea bastante justa de mi ligereza e inconstancia en el bien a pesar de mis más fuertes resoluciones cuya ejecución me habría cambiado si yo hubiera sido fiel.

Por gracia le ruego Padre, no perder de vista la necesidad que tengo de ser conducida por la obediencia. Aún lamento y desearía si fuera posible que, durante su ausencia y hasta su regreso, usted me hubiera puesto bajo la conducción de alguna persona a la cual yo obedeciera en todo como a mi hermana María de Jesús. Pienso que esta sería tal vez la mejor preparación para entrar luego en la Sociedad de la cual usted se ocupa, porque yo me encontraría completamente formada en la práctica de la obediencia y de la humildad. Las intenciones y los temores que me da mi incapacidad para todas las cosas me hacen desear más de lo que yo podría expresar el vivir así hasta la muerte en la práctica fiel y continua de la obediencia.

Considérese como muerta al mundo, no juzgará a las otras y los juicios de otras no la afectarán.

Usted no tendrá nada que temer de su inconstancia cuando sea dócil en seguir los consejos de aquellos que ocupan para usted el lugar de Dios.

Usted está, yo creo en ocasión de hacer en parte lo que usted hacía en la Cruz; pero no precipite nada. Es necesario todavía un poco de tiempo para ver si la cosa es muy conveniente. Yo dudaría un poco si la cosa que usted proyecta debe tener su efecto.

Querría darle a conocer una idea que me ha venido. Al permanecer aquí este invierno, desearía que me fuera permitido comer en el refectorio a causa de la lectura y del silencio que me convienen mucho más que las noticias que se leen en otra parte. Si no quieren permitirlo para que yo no sea testigo de las penitencias que se hacen en el refectorio, como ellas se hacen siempre al comienzo, colocándome a la entrada, yo no entraría sino cuando las hayan hecho. Esto no es porque yo no esté dispuesta a hacerlas iguales, usted conoce mi disposición a este respecto.

Le pido por gracia, Padre mío, dejarme por escrito sus consejos no solamente sobre las cosas que le consulto, sino sobre todas aquellas que podrían serme útiles y que el Buen Dios le inspirará, porque yo deseo de todo corazón, por su gracia, hacer de ellos la regla de mi conducta, y espero que esos consejos me servirán de freno para no apartarme de lo que el Señor pide de mí durante su ausencia.

Al permanecer en esta casa, si este es siempre su sentimiento, me viene a la mente que quizás no sería imposible el vivir aquí en cierta manera como una pretendiente. La elección de la Madre San Carlos que yo pienso querría tal vez tener la caridad de prestarse a ello, como mi hermana María de Jesús, para hacerme ese bien, me ha fortificado en esta idea si usted la aprueba. Las inquietudes o penas que tengo casi siempre me hacen necesaria la regla y la obediencia. Esta vida tendría la ventaja de retirarme todavía más. Siento muy bien que lo que aumenta mucho mis penas en las cuales me comporto muy mal, son las relaciones que tengo con el mundo, la inquietud y la disipación que ellas me causan; lo cual me hace desear disminuirlas cada día tanto cuanto sea posible.

10°. Borrador de Carta al Padre de Clorivière

“Copia de mi última carta al Sr. de Clorivière”.

Recibí oportunamente Padre, la carta que usted tuvo la bondad (gracia) de escribirme, en la cual me señala que usted, se atiene a la respuesta que usted me dio a mi primera carta, sometiendo todo al juicio de mi confesor. Yo le di parte de lo que usted me mandaba, y él consciente de que yo haga el ensayo del que usted me habló y que yo aproveche para esto de la estación de aguas (cura de aguas), que es todo lo que él puede permitirme este ensayo en calidad de pensionista, porque él no piensa que mi proyecto pueda ponerse por obra. El parece temer que yo tome alguna especie de compromiso frente a la comunidad, pensando que las personas puedan cambiar, yo podría arrepentirme. Yo creo también, Padre mío, como ya se lo he manifestado a usted, que él teme por mi carácter; en efecto yo también debo temerlo, porque yo experimento todos los días desgraciadamente que no sé lo que es vencerme; estoy de tal manera llena de orgullo que el más ligero motivo me da mal humor y, sin dejarme llevar a manifestarlo exteriormente (lo cual me sucede sin embargo algunas veces.) lo cual evito a menudo mas bien por respeto humano que por temor de desagradar a Dios, y lo que reconozco por la disposición interior de genio que conservo algunas veces varios días. A la verdad yo lo combato, pero no es de manera que triunfe, y soy muy esclava no solo del primer movimiento, sino aún de aquellos que he previsto, después de haber tomado delante de Dios la resolución de no seguirlos. Lo que me admira y me afecta más es el encontrarme con una debilidad extrema en las ocasiones que me

dan impaciencia, después de haber reclamado con la mayor instancia la asistencia de N.S. y en el momento mismo en que acabo de prometerle sacrificarlo todo a la fidelidad que le debo. Es verdad que no me quedo mucho tiempo sin arrepentirme de estas faltas, pero lo que me inquieta todavía, es que me siento algunas veces en una disposición en que me parece que, cualquiera resolución que yo tome, seguiré con mi mal humor, y esto me sucede casi siempre. Entonces esas faltas de impaciencia, de desigualdad de carácter y de esperanza contra el prójimo son a menudo por cosas muy ligeras y que encuentro yo misma que son injustas la mayoría de las veces, o a lo menos esto no es sino un exceso de delicadeza de mi amor propio que puede justificarlos.

Yo siento muy bien que este mal proviene de mi orgullo y estoy asustada de sentirlo tan vivo como nunca en las más ligeras ocasiones. Lo confieso aún Padre, que esto me desanima algunas veces y temo no ser propia para cumplir los designios de Dios en una forma de vida más perfecta puesto que soy tan impaciente y tan desigual de carácter en una vida libre en que sigo mi voluntad en los ejercicios que me he prescrito. Cómo haré cuando siga un tren de vida en que yo estaré más sujeta? Yo siento bien por la gracia de Dios, que el remedio a este mal sería el practicar la humildad en las ocasiones sin dejarlas escapar por cobardía como lo hago en toda circunstancia. Pero desgraciadamente los sentimientos que Nuestro Señor me dio a continuación de mi retiro en la Cruz se han debilitado mucho, mis resoluciones no son tan vivas y toda mi conducta se resiente de este aflojamiento. Sin embargo, Padre, lo que debe confundirme más, es que yo no dejo de recibir a N.S. todos los días. A menudo me inquieto de esta multitud de gracias que recibo y del poco fruto que retiro de ellas.

Se lo represento algunas veces al P. de la Croix quien sin embargo no me ha disminuido las comuniones.

Le pido por favor Padre, rogarle a N.S. que cambie mi corazón y me convierta completamente a El, porque yo siento como esos sentimientos de altivez, esas impacencias, esas desigualdades de genio, que todas tienen el orgullo por base, están muy lejos de los sentimientos de este Divino Salvador al cual le digo lo más frecuentemente que me es posible: “Jesús, manso y humilde de Corazón, dignaos hacer mi corazón semejante al vuestro”. Pero sé que El ha dicho que no basta decir: “Señor, Señor...”

Estoy muy agradecida por la bondad con la cual usted me asegura que quiere hacerme el servicio de darme los consejos de que tengo necesidad. La confianza que usted me ha inspirado me hace esa promesa muy necesaria. Le diré, Padre mío, que hay momentos en que temo que mi proyecto sea una ilusión del demonio que, bajo el pretexto de un mayor bien, quiere desviarme, de la conducción de Dios sobre mí. Creo que lo que contribuye a darme esta idea es que el P. de la Croix, al hablarme de los pequeños sacrificios que yo había creído que el Buen Dios me pedía, me dijo que pidiera a N.S. hacerme conocer claramente su voluntad y que yo debía tener cuidado de equivocarme y de imaginarme que El pide cosas que efectivamente El no pide. Yo pensé que al decirme esto él podría también tener en consideración mi proyecto.

Mi intención es siempre ir a Dinan si puedo, desde el mes de junio, porque en la soledad en que vivo, que es gracias a Dios más profunda que nunca, no hay ninguna apariencia que se presente otro pretexto para ese viaje, que el de mi salud. Espero que usted querrá indicarme lo que piensa del proyecto que yo tenía de alojarme en el hospital en vez de San Carlos porque experimenté que la clausura era un poco molesta. No creo que esto sea muy difícil de obtener porque conozco un poco a las Damas de Santo Tomás de Dinan y mucho a las de Rennes. Y si

usted aprueba que yo me alojase en esa casa durante el tiempo que yo esté en Dinan, yo sabría pronto, por las Damas de Santo Tomás si eso sería posible, pero yo no decidiré nada antes que usted tenga la claridad de enviarme por escrito, lo que debo hacer y por lo tanto acerca de los artículos que usted juzgue necesarios por el momento. Por lo demás yo esperaré que usted esté de vuelta (regreso) de Josselin, lamento mucho causarle esta molestia en este momento.

Permítame Padre, renovarle todos mis agradecimientos; yo no olvidaré en mi vida delante de Dios lo que usted ha tenido la caridad de hacer por mí. Si mis oraciones se hacen mejores con su socorro, yo le manifestaré mejor mi agradecimiento, nada podrá igualarlo a mi profundo respeto.

Creo que no tengo que recomendarle a sus oraciones. Estoy segura que tengo parte en ellas porque conozco su caridad y nadie mejor que usted sabe la necesidad que tengo de ese socorro. Pido perdón de todo corazón a N.S. y a usted por el modo en que le hablé antes de ayer; tengo mucho pesar que el retiro termine tan aprisa, que usted se vaya, y de haber aprovechado tan mal el tiempo que el Buen Dios me dio en su misericordia.

DIFERENTES ASPIRACIONES DE M. DE CICÉ

Halladas en casa de Mr. Boursoul después de la muerte de éste.

A las nueve (9) de la mañana en que Jesucristo fue crucificado.

Aspiración.

Oh Salvador mío, por vuestras llagas y vuestra elevación en la cruz, elevad mi alma de la tierra para atraerla a Vos por la fuerza de vuestro amor.

A la Sma. Virgen: os saludo, María, pensando en la espada de dolor que le atravesó el corazón.

A mediodía, cuando las tinieblas se extendieron sobre la tierra:

Oh Padre Santísimo, lanzad una mirada sobre vuestro Hijo que yo os ofrezco en ese estado por nuestra salvación.

A la Sma. Virgen: Yo os saludo...

Hacia las 3 p.m. en que Él nos da a María por Madre, y muere.;

Oh Jesús, haced que mi último suspiro sea un acto de vuestro puro y santo amor. Decid esa palabra tan deseada y favorable para nosotros a vuestra Santa Madre: He ahí a tu hija”.

Oh María, recibidnos por vuestros hijos y sed la madre de nuestras almas.

Yo os saludo María... (Ave María).

Hacia la tarde en que fue abierto su costado: Oh Jesús, por esa lanza que os hizo una llaga sangrienta, herid mi corazón con vuestro divino amor.

Ave María...

Aspiraciones

- Oh mi Jesús, cambiad mi corazón por un corazón todo abrasado en el fuego de vuestro santo amor.
- Oh mi Jesús, que antes caiga muerta a vuestros pies, que crucificaros de nuevo en mí corazón por algún pecado de propósito deliberado.
- Oh mi Jesús, concededme la gracia de amaros e imitaros tan perfectamente durante mi vida que tenga la felicidad de alabaros y bendeciros por todos los siglos.
- Venid, Dios mío, derretid el hielo de corazón y ablandad su dureza; atravesadlo, Dios mío, con la espada de un dolor perfecto de haberos ofendido.
- No permitáis, Dios mío, que yo considere mis crímenes a sangre fría mientras que Vos tuvisteis tan gran dolor de ellos en el jardín de los Olivos, y que para borrarlos habéis derramado, Oh mi divino Salvador, hasta la última gota de vuestra Sangre en el Calvario.
- Yo os amo, Oh mi divino Jesús, o a lo menos deseo ardientemente amaros con todo mi corazón.

- Oh mi Jesús, que habéis sufrido tanto por mi amor, concededme la gracia de sufrir con paciencia y aún con alegría todas las penas que os plazca enviarme. Haced, oh Dios mío, que yo las reciba como otras tantas ocasiones de daros pruebas de mi amor y satisfacción por mis pecados.
- Os pido, oh mi divino Jesús, emplear mi vida para reparar los ultrajes que os he hecho.

Aspiraciones de M. de Cicé

Castigadme como Padre caritativo, oh Dios mío, y no os venguéis como Juez irritado.

- Sí, Dios mío, os pido de lo más profundo de mi corazón, hacerme más bien sufrir todos los tormentos imaginables para satisfacer, por mis pecados, que el que os venguéis abandonándome a los deseos desordenados de mi corazón.
- Dios mío, concededme la gracia, de hacerlo todo, sufrirlo todo, y sacrificarlo todo por vuestro solo amor.
- Dios mío, si yo tuviese la dicha de hacer alguna cosa que os fuese agradable, no os pediría por toda recompensa, Oh mi Salvador sino crecer y aumentar siempre en mí vuestro santo amor.
- Dios mío, haced nacer en mi corazón los sentimientos de amor y de agradecimiento que debe tener a la vista de vuestras grandes bondades para conmigo.
- Oh mí querido Esposo, dadme un gran amor por Vos y un grande horror al pecado.
- Oh Dios mío, concededme la gracia de corresponder a los prodigios de vuestro amor, por un gran prodigio de amor, de fidelidad, de humildad y de agradecimiento.
- Haced, Oh mi Divino Jesús, que sólo me ocupe en satisfacer por mis pecados y en daros pruebas de mi amor.
- Dios mío, concededme la gracia de no perder jamás de vista los ultrajes que os he hecho y los castigos eternos que he merecido.
- Oh, mí Divino Jesús, concededme la gracia de querer siempre, de amar siempre y de seguir siempre fidelísimamente vuestra santísima y adorabilísima voluntad hasta el último suspiro de mi vida.
- Qué os daré yo, oh mi Dios, por todos los bienes de que me colmáis todos los días; os doy mil acciones de gracias y os conjuro que continuéis dándomelas. Vos veis, Señor, la extrema necesidad que tengo, tened pues piedad de mí.
- Oh divino Niño Jesús, que sois tan amable y me amáis con amor infinito, hacedme la gracia de devolveros corazón por corazón y amor por amor.
- Espíritu Santo, atraed mi corazón a Vos y desprendedme de todas las cosas de la tierra.

- Espíritu Santo, reinad para siempre en mi corazón y concededme la gracia de jamás arrojaros de él.
- Sin Vos nada puedo, Oh Dios mío, venid pues, Jesús mío, preparaos Vos mismo una habitación en mi corazón.
- Deseo recibirlos, pero siempre con las disposiciones que Vos pedís de mí.
- Lejos, Oh Dios mío, de tratarme como una pérfida, vuestra misericordia os induce a llamarme con bondad, y aún más, me invitáis a vuestra Santa Mesa y queréis hacerme alimento de mi alma.
- Cómo, Dios mío, habéis pues olvidado los ultrajes que has recibido en mi corazón? No sin duda, Oh mi divino Jesús, pero sois vos, santísima Virgen que habéis hablado en mi favor. Imploro pues todavía vuestro poderoso socorro para obtener las disposiciones necesarias para presentarme el Sagrado Banquete.
- Si, Dios mío, iré a Vos puesto que me invitáis e iré con confianza, os recibiré como un Médico caritativo, sí, Dios mío, vos venís a curar las llagas que el pecado ha hecho en mi alma.
- Dios mío, cread en mí un corazón puro y lleno de todas las disposiciones necesarias para recibirlos bien en él.
- Virgen Santa, mi buena Madre, presentadme a vuestro querido Hijo, decidle que mi alma es el precio de su Sangre y que mi corazón desea ardientemente no vivir sino solamente para Él.
- Santísima Virgen, mi buena Madre, obtenedme la gracia de vivir y de morir en grandes sentimientos de contrición, de agradecimiento y de amor.
- Santísima Virgen, obtenedme la gracia de mezclar mis lágrimas con las vuestras al pie de la cruz donde mi Salvador expira por mi amor.
- Gran San José, obtenedme la gracia de vivir y de morir como Vos en un grande amor de Dios.
- Gran San Juan Bautista, que habéis hecho excesiva penitencia en una tierna edad y sin haber pecado, obtenedme la gracia de expiar los míos.
- Gran San Agustín, rogad por mí y obtenedme un gran amor a Dios y gran odio al pecado.
- Os amo, Dios mío, y no pido otra recompensa a mi amor que la gracia de amaros todavía más.

Otro Autógrafo

- Hacedme la gracia, Oh Dios mío, de vivir y morir como digna y santa esposa de Jesús.
- Concededme la gracia, Oh mi querido Esposo, de Amaros por tantos ingratos que os ofenden noche y día durante estos desgraciados tiempos.
- Gran San José, pedid para mí la gracia de servir a mi Dios con amor, en la obediencia y la paz.

- Hacedme la gracia, Oh mi querido Esposo, de no temer nada en el mundo como la desgracia de perderos al ofenderos.
- Hacedme la gracia, Oh mi querido Esposo, de seros tan fiel en el porvenir como desgraciadamente he sido poco fiel en el pasado y de estar también llena de amor por Vos como desgraciadamente he estado llena de amor por el mundo.
- Hacedme la gracia, Oh mi querido Esposo, que mi corazón sea como el vuestro, sumisión y amor.
- Hacedme la gracia, Oh Dios mío, de serviros hoy con una tan gran fidelidad que no tenga que reprocharme nada al final del día.
- Obtenedme la gracia, Oh mi querido Esposo, de establecer la tranquilidad en mi espíritu, la paz en mi alma, y vuestro divino amor en mi corazón.
- Concededme la gracia, Oh Dios mío, de hacerlo todo por amor, de sufrirlo todo por amor y justificarlo todo en el amor.
- Concededme la gracia, Oh Dios mío, de serviros y de suplicaros como al mejor, al más grande y al más magnífico de todos los amores.

RESOLUCIONES DE M. DE CICÉ

A.- Durante la vida de su madre.

Tengo desde hace mucho tiempo infidelidades en todas las promesas que he hecho a mi Dios. Quiero de ahora en adelante observar con exactitud todas las cosas que debo hacer ya para evitar el ofenderlo o para complacerlo. Yo voy de ahora en adelante a amarlo tanto como me sea posible, evitar el pecado y las ocasiones tanto cuanto la fragilidad humana me lo permita. Quiero también evitar el orgullo por encima de todas mis inclinaciones viciosas, porque es esta hacia la cual tengo más inclinación y ella es el principio de casi todas mis malas acciones y quiero hacer tanto cuanto yo pueda para inmolarla a la venganza de Dios. Quiero también agradecer a todas las personas que quieren reprenderme de mis defectos y les quedaré agradecida; tengo la intención de mortificar mi amor propio y me aplicaré a destruirlo así como el gusto por el mundo que ruego a mi Dios desarraigar completamente de mi corazón. Quiero también no estar siempre lista a excusarme cuando digan que he hecho alguna cosa mal y no trataré de justificarme desviándome de la verdad.

Por la mañana, mi primer pensamiento será para Dios, y tan pronto como me despierte me levantaré sin dudar un instante. Iré a la Misa, si ya han tocado, diré mis oraciones de la mañana antes o después de la misa, haré mi oración que será de un cuarto de hora. Volveré a casa para desayunar, después de esto iré a mi cuarto donde leeré la historia de Roma a cualquier otro libro bueno para instruirme, y después escribiré sea cartas u otra cosa con el fin de no perder el hábito y haré las diferentes cosas que mamá desea para mi instrucción. Me aplicaré a todas y sobre todo

a aquellas por las cuales tenga menos gusto; y quiero también dejar el mal humor y en el tiempo que tenga más deseos de dejarme llevar por la melancolía, me alegraré y ofreceré a Dios el pequeño sacrificio de mi voluntad propia.

Haré durante el día un cuarto de hora de meditación y levantaré a menudo mi corazón a Dios durante el día, lo que me mantendrá de tiempo en tiempo en su santa presencia. Haré también cada día cinco pequeñas mortificaciones en honor de las cinco llagas de N.S.J.C. Me aplicaré también a ser un poco más diligente, porque soy algunas veces cobarde y perezosa. Pensaré también en algunas cosas que mamá pide de mí y que yo olvido con facilidad. Haré una visita al Smo. Sacramento todas las tardes cuanto me sea posible. No faltaré a decir mis oraciones de la noche antes de acostarme y guardaré silencio antes de acostarme, lo mismo que en la mañana al levantarme. Antes de dormirme, me ocuparé del pensamiento de la muerte. No me entretendré al hablar inútilmente al vestirme, haciendo perder tiempo a las personas que me rodean. Quiero también jamás responder con brusquedad y lo haré siempre con dulzura. Me aplicaré también a los trabajos del hogar que mamá desea que yo haga. Haré todos mis esfuerzos para observar esto con la gracia de mi Dios. Con ella lo puedo todo y sin ella no puedo nada. No cesaré de pedírsela. Quiero desde ahora vivir y morir en estas resoluciones.

B- RETIRO

En la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen María - Agosto 1783.

Hago la resolución de pedir sin cesar a Dios la gracia de conservar y aumentar cada día en mí, el horror que El me ha inspirado del pecado que yo quiero evitar con el mayor cuidado. Temeré más que todos los males de este mundo, todo pecado voluntario y hago la resolución de exponerme a todas las desgracias antes que cometer jamás uno solo con propósito deliberado.

Tomo la resolución de ser fiel tanto cuanto me sea posible, al reglamento de vida que me he propuesto, la media hora de meditación en la mañana, y otro tanto en la tarde. La misa todos los días (la oración, el rosario, la lectura en común), la visita al Smo. Sacramento en la tarde, la práctica exacta del ejercicio frecuente de la presencia de Dios.

Quiero recibir todos los acontecimientos de las manos de Dios, grandes o pequeños, felices o desgraciados, al primer momento de reflexión acerca de las cosas que suceden. Quiero reconocer la divina voluntad y regocijarme en todas las cosas de su cumplimiento. Si mi debilidad no me permite nunca he de llegar hasta allí por los acontecimientos aflictivos, quiero a lo menos someterme completamente, pidiendo a Dios una disposición más perfecta si El la espera de mí.

Quiero excitarme más y más a la desconfianza de mí misma y a la confianza en Dios a pesar de mis enormes infidelidades. Las bondades que El me hace experimentar me inspiran la resolución de arrojarme entre sus brazos, sin que por ello olvide nunca el abismo de miseria de donde El se ha dignado sacarme tantas veces. Quiero recordar siempre con el más vivo y perfecto agradecimiento, el perdón generoso que espero El se ha dignado concederme, no obstante las recaídas las más criminales, las ingratitudes más negras, en fin, a pesar de todo cuanto debía alejarlo de mí para siempre... Pueda esta vista salvadora encender en este

desgraciado corazón el agradecimiento y el amor de que debe estar penetrado un tan buen Amor al servicio del cual yo quiero desde ahora vivir y morir. A este efecto le consagro todos los latidos de este corazón infiel, todos los pensamientos de mi espíritu, todos los actos de mi voluntad. Tomo la resolución de restituir todo a Dios y de pedirle la gracia de purificar El mismo mis intenciones en todas las cosas. Espero también que El me dará la de tener siempre los ojos abiertos para huir de todo lo que le desagrade y para practicar todo lo que le agrada con toda la fidelidad que El espera de mí y de la cual yo espero que me hará capaz. Hago también la resolución de ejercitarme en el odio y el desprecio que debo tener tan justamente de mí que me ha hecho culpable de tantas ingratitudes hacia un Dios tan bueno.

Si los hombres pudieran conocer hasta qué punto yo le soy infiel, yo sería a sus ojos como a los míos, un monstruo digno de todas las desgracias e indigna de todas las gracias. Quiero ser de una dulzura inalterable y de una indulgencia extrema con el prójimo, estimarlo tanto cuanto yo me despreciare. Trataré de no obrar jamás por capricho y por mi inclinación natural. No conservaré ni un solo instante el más ligero resentimiento contra nadie. Por el contrario, me pondré por deber el apresurarme delante de las ocasiones de complacer a las personas que me han causado pena. Yo estaré encantada de encontrar esas ocasiones preciosas de agradar a Nuestro Señor, y lo haré de tal modo, con su gracia, para no dejarlas escapar.

Quiero también no quejarme de ninguna cosa, cualquiera que sea y no considerar ninguna otra desgracia en la vida sino la que he tenido de ofender a Dios. No haré caso de lo que me queda de vida sino en el objetivo de emplearla en reparar el pasado por todos los medios que me sean indicados de parte de Dios.

Tomo la resolución de suprimir todos los gastos inútiles para mí y de limitarme a este respecto a lo simplemente necesario en mi posición. Consideraré lo que poseo como perteneciente a los pobres mucho más que a mí. Tanto como lo pueda no rehusaré nada. Deseo no poseer nada en este mundo para alcanzar la posesión de Jesucristo a menos que no sea para aliviar a sus miembros dolientes. Tomo la resolución de ayunar todos los viernes a menos que mi salud me lo impida, sin embargo, Padre mío, usted me permite esta ligera mortificación que yo querría muy bien acompañar de algunas otras, sobre todo esos días, porque yo tengo infinitamente necesidad de penitencia y jamás he hecho ninguna que tenga la menor proporción con mis ofensas.

Quiero obedecer a mi Madre en las más pequeñas cosas, a menos que no haya buenas razones para hacer esas cosas; entonces yo se lo advertiré con respeto. No descuidaré ninguna ocasión para llevarla a Dios. Haré lo mismo cuando trate con el prójimo al cual daré todos los servicios que dependan de mí, pidiendo a Dios al mismo tiempo no distraerme por esto de su presencia. Y quiero ocuparme para llegar a esa dicha (que sin embargo yo espero, mucho más de la pura misericordia de Dios que de mis esfuerzos) de la presencia interior de Dios en mí; y yo guardaré para esto tanto silencio como me sea posible en mi posición.

Quiero mantener sin cesar en mi corazón un vivo dolor de mis pecados y recordarme lo más a menudo que me sea posible el pensamiento que más me ha ocupado y me ha dado el mayor consuelo durante el retiro el de situarme a los pies de N.S.J.C. con Santa Magdalena excitándome a los sentimientos que animaban a esta Bienaventurada penitente, sobre todo en el momento en que ella obtuvo el perdón de sus pecados de la boca misma de Jesús, y aquel en que N.S fue bajado de la cruz y colocado en brazos de la Sma. Virgen.

Después de nuestro Divino Salvador es en esta buena Madre en que quiero poner toda mi confianza y darle en toda ocasión, muestras de mi agradecimiento por las gracias que he obtenido por su medio, en particular la de mi conversión que seguramente Ella pidió a menudo a su querido hijo. Todas las desgraciadas experiencias que he hecho de mi debilidad me hacen sentir la necesidad extrema que tengo de ser conducida como una niña, no habiendo sabido hasta el presente por mí misma sino extraviarme. Quiero ser de una docilidad completa, con Vos Padre mío, que ocupáis para mí el lugar de Dios. No quiero hacer la menor cosa ya sea poco interesante sin que usted decida, yo le pido esta gracia.

Quiero tender con todas mis fuerzas a la práctica fiel de esta máxima: todo para agradar a Dios, nada para satisfacerme. Desgraciadamente tengo motivo de temer por mi funesta experiencia que estas resoluciones no sean efecto de un momento de pasajero fervor, a pesar que todas están fundadas en el conocimiento de mí misma, de mis enormes infidelidades, de las gracias de Dios y del agradecimiento infinito que yo le debo. Yo las siento ya debilitarse algunas veces, esta sola idea me desesperaría si Dios no me inspirara al mismo tiempo la confianza que El quiere finalmente poner El mismo término a mis ingratitudes. Yo le pido desde el fondo de mi corazón, a este Dios de misericordia, concederme por todo el tiempo de mi vida el espíritu de penitencia y de amor, puesto que todavía me está permitido amar a este Dios tan bueno, tan amable, que yo he ofendido tanto y que yo debería amar hoy mil veces más, puesto que El lo permite todavía a mi corazón. Pero quiero además, con su gracia, coger todas las ocasiones de hacerlo amar por otro y tratar de reparar con esto, tanto como sea capaz, la desgracia infinita de haberlo ofendido tanto.

Con respecto a lo que yo poseo, querría que me fuera posible en mí posición no disponer de nada sino por obediencia, sobre todo por lo que se refiere personalmente a mí, deseando desprender mi corazón no solamente de esto, sino de todas las cosas para no adherirlo sino a Jesucristo.

Así sea.

M. de Cicé

II – ESCRITOS POSTERIORES A LA
FUNDACIÓN DE LA SOCIEDAD

Voto de obediencia al R.P. de Clorivière: 5 de junio de 1791

Viva Jesús y María

Señor, Dios todopoderoso y eterno, Señor mío Jesucristo, yo, Adelaida-María Champion de Cicé, prosternada ante vuestra presencia y bajo los auspicios de la gloriosísima Virgen María, confiándome enteramente a vuestra bondad y misericordia, aunque muy indigna, hago voto a vuestra Divina Majestad, en presencia de la Santísima Virgen María mi buena Madre y de toda la Corte Celestial, de perpetua obediencia al Señor Abate de Clorivière, entre las manos del cual yo debo reconocer que Nuestro Señor ha querido que entregue completamente la dirección de mi alma, habiéndome dado el pensamiento desde hace mucho tiempo y casi al instante que El me hizo la gracia de conocerlo suplicando Dios mío humildemente a vuestra bondad infinita, por la preciosa Sangre de Jesucristo, que os plazca recibir este holocausto en olor de suavidad, y puesto que os ha agradado el darme la gracia de desearlo y de ofrecéroslo, concededme la de continuar y cumplirlo durante todo el resto de mi vida. Amén

Adelaida-María Champion de Cicé, en la Cruz, este 5 de Junio de mil setecientos noventa y uno.

2º. Ejemplar

Señor, Dios todopoderoso y eterno, Señor mío Jesucristo, yo, Adelaida María Champion de Cicé, postrada ante vuestra presencia, aunque muy indigna, confiándome sin embargo a vuestra bondad y misericordia, hago voto a vuestra Divina Majestad, en presencia de la gloriosa Virgen María y de toda la Corte Celestial, de obediencia al Señor de Clorivière, bajo la autoridad de todos los superiores legítimos, suplicando muy humildemente a vuestra Bondad infinita, por la preciosa Sangre de Jesucristo, que os dignéis de recibir este holocausto en olor de suavidad; y puesto que os ha complacido darme la gracia de desearlo y de ofrecéroslo, concededme también el continuar y cumplirla durante todo el resto de mi vida. Amén.

El 6 de junio de 1791.

Resolución de observar fielmente sus votos

Después de 1792

Alabado sea N.S.J.C. y su Santa Madre

Yo me propongo con la gracia de mi Dios, de hacer todo cuanto dependa de mí para cumplir mis votos con tanta mayor fidelidad, cuanto que tengo muchas infracciones que reprocharme, que el tiempo que me queda para separar lo pasado es necesariamente corto, siendo de edad avanzada, que las gracias que Dios me ha hecho han sido muy grandes y muy continuas durante todo el curso de mi vida y mis resistencias casi continuas.

Quiero comenzar, con respecto a mi voto de pobreza, a desprenderme de corazón de todo lo que poseo, o de todo lo que podría tener, a despojarme sin cesar interiormente y exteriormente cuanto la obediencia me lo permita. Opondré a este apego a los bienes de la tierra que han sido para mí fuente de tantas faltas al mayor desprendimiento. No me contentaré con no amar esas cosas y no apropiármelas sin permiso, pero bien persuadidas que ellas pertenecen al Señor. Yo lo haré lo mismo que los demás que no han abusado y que lo merecen más que yo, y las emplearé o las veré emplear en su servicio con alegría, si place a Dios.

Si El me reduce para mí mayor bien a depender completamente de los demás para lo necesario y que yo no pueda recobrar nada, lejos de afligirme me esforzaré por alegrarme y aprovecharé esta situación en toda ocasión para reducirme a la condición de pobre. Me aplicaré a despreciar todas las cosas de las que desgraciadamente yo era esclava, cada vez que ellas se presenten a mi recuerdo. Recordaré que por indignas y miserables que ellas son, hubo un tiempo que participaron de los pensamientos de mi espíritu y de los afectos de mi corazón con Dios, que mi apego a ellas ha sido para mí fuente de una infinidad de pequeñas injusticias con el prójimo, haciéndome faltar a darle a Él lo que le era debido en exacta justicia, más a menudo aún que lo que la justa compasión por sus necesidades hubiera debido comprometerme a darle para socorrerlo.

Ha habido un tiempo bastante considerable en mi vida, aún después de mis compromisos religiosos, en que tuve el corazón, como enteramente cerrado para las necesidades del prójimo. Mi situación temporal me ha servido de pretexto para desconocer completamente el abandono a la Providencia, aunque fui a menudo recordada de ello por aquel que estaba en posición de juzgar de todo. A pesar de sus avisos y de sus amonestaciones me he afligido a menudo y entristecido de mi posición. Yo daba el pretexto de la inquietud en que yo me encontraba, no recibiendo nada para proveer al gasto común, lo que me hacía entonces de una tacañería espantosa. Sin embargo, nada me faltó, pero ese temor me atormentaba sin cesar, y esto venía, a lo que me parece, de dos principios: temía que me faltara no digo lo necesario, sino cosas de las que consideraba imposible abstenerme, y mi orgullo me hacía temer el depender de los demás. Estas disposiciones me hacían áspera y ávida por el más pequeño interés, sea por la venta de algunos efectos, sea la hechura de pequeños labores en las cuales empleaba el tiempo contra lo que yo debía a la obediencia, mi Superior se quejaba de ese tiempo hurtado a mis deberes. En cuanto a las cosas de que me he servido sin exceder por la calidad, estando como forzada a hacer uso de lo que yo tenía o de mi hermana, reconozco y creo que esto es fruto de saludables reflexiones de aquello que yo veo y oigo aquí y me hace hacerlo. Creo aún, en cuanto a estas cosas que no solamente yo no debía permitirme como lo he hecho la multiplicidad, a causa que yo no las compraba, pero habría hecho mejor deshacerme de ellas, aunque con pérdida de algunas cosas que no iban bien

con la sencillez religiosa, cosas a las cuales yo había renunciado y por las cuales el uso me había dado nuevamente el mismo gusto.

Me propongo, para poner en práctica alguna reforma, hacer uso para algunas de mis Hermanas que pueden tener necesidad y a las cuales esto no puede perjudicar, de algunas bagatelas a las cuales yo estaba muy apegada. Si mis Superiores lo aprueban y que la situación de los negocios lo permiten, el volver a tomar mi antiguo vestido negro, yo me dispondré con la gracia de Dios a hacerlo sin escuchar mis repugnancias que ya se hacen sentir un poco antes, pero me esforzaré en regocijarme en espíritu de esta ocasión de humillar mi amor propio y de practicar la pobreza y la sencillez.

En mi comunión de hoy he tratado de entregar mi corazón al Buen Dios más perfectamente que nunca. He deseado (es el pensamiento que me ha venido) que él estuviese revestido y adornado de la perfección de los tres votos de religión: que esta ofrenda de mi corazón me hubiese desprendido completamente de todas las cosas de la tierra; que Jesucristo sea mi único tesoro; que en oposición a mi sensibilidad por las criaturas, que ha sido para mí la fuente de tantas y tan grandes faltas, yo no ame nada sino en Dios, pero que yo ame al prójimo mucho más, como siempre he sido atraída, para procurar sobre todo su bien espiritual.

En cuanto al voto de obediencia, que yo no halle más en mí voluntad propia, que yo la haga morir al instante para expiar mis resistencias a las voluntades de Dios y de aquellos que ocupan su lugar.

CÁNTICOS

EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ

Julio 9 de 1817

Que se cante en adelante
Nuestra Señora de la Paz,
Su Nombre de eterna gloria,
Su triunfo y su victoria.
Cantaremos en adelante
Nuestra Señora de la Paz.

Venimos para florearla
Queremos servirla bien,
Prometerle ser obedientes,
Presentarle nuestros homenajes.
Venimos para florearla,
Queremos servirla bien.

En su corazón sí queremos
En su corazón entraremos
La puerta está abierta,
La gracia se nos ofrece.
En su Corazón sí queremos,
Ah' pronto entraremos.

Es el asilo de nuestros corazones,
El refugio de los pecadores,
El sostén en la debilidad.
Es el asilo de nuestros corazones,
El refugio de los pecadores.

Bendigamos para siempre
Nuestra Señora de la Paz.
Con los nueve coros de Ángeles
Démosle mil alabanzas
Bendigamos para siempre
Nuestra reina de la Paz.



CONSAGRACIÓN AL A SANTÍSIMA VIRGEN

Virgen siempre y siempre santa,
Reina de los cielos, Madre de mi Salvador.
María, me atreveré sin temor
Ofreceros mis votos y mi corazón.

Yo os elegí por mi Patrona,
Después de Jesús, vuestro Hijo y mi Rey,
Mis bienes, mi vida y mi persona
Son de El, son vuestros mucho más que de mí.

Para mí, para los míos, me comprometo
A jamás decir, hacer o sufrir.
Nada contrario a este homenaje
Que mi corazón acaba de ofreceros.

Protégeme, Virgen María,
Dígnate cuidar de mi suerte
Durante todo el curso de mí vida
Pero sobre todo en el tiempo de mí muerte.

CREO EN DIOS

Creo en Dios, principio de todo ser,
Jesús su Hijo el Autor de mi salvación
Y mi alma no quiere sino conocerlos
Y todos mis deseos no tienden sino a ese fin.

Por todas partes, Señor, a publicar tu gloria
Yo quiero en fin emplearme desde ahora,
Y tu Santo Nombre presente a mi memoria
De mi espíritu no saldrá jamás.

Mi voluntad a serles fiel
Encuentra aquí abajo su gozo y su felicidad,
Un día vendrá, en la gloria eterna,
Donde vuestro amor inundará mi corazón.



Bis

Yo creo en Dios principio de mi ser,
En Jesucristo, autor de mi salvación.
Todo mi espíritu se aplica en conocerlo,
Mis humildes súplicas no tienden sino a ese fin.

A cada instante, a publicar su gloria
Yo quiero finalmente emplearme desde ahora.
Y su Santo Nombre presente a mi memoria
De mi espíritu no saldrá jamás.

Mi voluntad en serles fiel
Halla su paz y su perfecta dicha,
Un día vendrá, en la gloria eterna,
Donde su amor inundará mi corazón.



AL SAGRADO CORAZON DE JESÚS

Este divino Corazón es el oratorio
Donde yo quiero orar cada día.
Es el verdadero propiciatorio
El trono mismo del amor.

Este divino Corazón es la herencia
Que al morir Jesús me dejó
Qué deliciosa es la herencia
Que Él nos ha hecho de su Corazón herido.

AL SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA

Su Sagrado Corazón es el pasaje
Que lleva al del Salvador.
Amando a María más y más
Se va más pronto al Divino Corazón.

En el Divino Corazón, a toda hora
Que yo pueda entrar con Vos.
Que yo haga allí mi paz y mi morada,
Y que todo allí, todos sus gustos.